

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

Yanagita Kunio
compilador

Cuentos antiguos de Japón

**Traducción del japonés, Virginia Meza
y Yoneda Jiromi**



EL COLEGIO DE MÉXICO

Este libro forma parte del programa de traducción al español de fuentes para el estudio de Asia y África, realizado por el Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México, con el apoyo del Fondo Internacional para la Promoción de la Cultura de la UNESCO y ha sido parcialmente financiado por la Japan Foundation.

Primera edición, 1985
© El Colegio de México
Camino al Ajusco 20
10740 México, D.F.

Impreso en México
Printed in Mexico

ISBN 968-12-0290-2

Índice

Introducción	7
¿Por qué la cola del mono es tan corta?	11
La sabiduría del monstruo de la montaña	12
El gorrión y el pájaro carpintero	13
Dos avaros	14
El búho tintorero	15
La ocasión hace al ladrón	16
La lombriz y el sapo	17
El ciempiés mandadero	18
Viaje por los cielos	19
El tejón y el caracol	20
El cuco y el alcaudón	21
El fuego de año nuevo	22
Las estatuas de buda	23
El samurai fanfarrón	24
Sansuke el Dormilón	25
El amor filial de la paloma	26
El techo de paja del país de abajo	27
Las goteras de las casas viejas	29
La camelia de oro	31
La princesa Ruiseñor	33
Competencia de disfraces	36
El muchacho que tuvo un sueño	38
El dios de la montaña y el niño	40
La estrella con una lanza	45
Paraíso de los ratones	47

Las hachas de oro y de plata	50
Los tres amuletos	52
La imagen budista embadurnada	55
Tanokyu	57
La estaca del puerto	59
La rama que imitó al hombre	62
Por qué es salada el agua del mar	64
3 de marzo, día de las niñas	67
La medusa deshuesada	69
El cuadro de la esposa	71
El novicio y la zorra	75
La capa mágica	77
Oro sobre el anciano	79
Takenoko-Dodyi	81
Yamura no Yasuke	83
Dos chichones	85

Introducción

Yanaguita Kunio (1875-1962) es ampliamente conocido en Japón por sus actividades como poeta, periodista y, principalmente, por sus investigaciones sobre el folclor japonés. Fue el fundador de los estudios folclóricos, por medio de los cuales pretendía encontrar los elementos distintivos de la tradición japonesa.

Yanaguita realizó numerosos estudios sobre las tradiciones populares, las leyendas, los cuentos, los dialectos y las creencias preservadas entre el pueblo, pues creía que con base en estos elementos podía trazar el desarrollo del antiguo sistema religioso japonés de tipo animista (*minkan shinko*). En su obra se puede observar un claro deseo de descubrir lo puramente popular, después de eliminar los elementos ajenos introducidos por el contacto con culturas foráneas.

Durante un tiempo trabajó como funcionario del Ministerio de Agricultura y Comercio, lo que le permitió viajar por todo el territorio japonés. Llevó a cabo intensos trabajos de campo gracias a los cuales pudo reunir una considerable cantidad de información de primera mano, parte de la tradición oral que se ha preservado por cientos de años. Yanaguita rescató y trató de sistematizar toda esta información de manera objetiva, por lo que su trabajo, sin duda, constituye el fundamento de la mayoría de los estudios folclóricos realizados posteriormente.

Como reconocimiento a su importante labor de búsqueda y rescate de lo japonés, en 1951, cuando contaba con 77 años de edad, Yanaguita Kunio fue condecorado por el Emperador con la Orden de la Cultura (*bunka kunshoo*).

En 1930 Yanaguita publicó por primera vez una recopilación de cuentos titulada *Colección de cuentos antiguos de Japón*. Según su propia definición, *cuento antiguo (mukashibanashi)* es un relato que se ha transmitido oralmente de generación en generación.

Tres décadas después, en abril de 1960, aparece una edición revisada de estos cuentos, que es la que se utilizó en estas traducciones. En ella se hizo una selección del material publicado en 1930, ya que algunos de los relatos no correspondían a la clasificación de cuentos antiguos. De esta manera, se suprimieron algunos y se incluyeron otros que por su contenido y lenguaje fueran apropiados para lectores entre los 10 y los 15 años. Respecto a su procedencia, el material incluye cuentos de casi todas las prefecturas.

En la traducción, al igual que en el original japonés, al final de cada cuento se anota el lugar de procedencia y la fuente de donde fueron tomados. En algunos casos se indica el nombre del compilador o el nombre y número de la revista en que fue publicado. Algunos de los cuentos no tienen anotaciones sobre el lugar de donde provienen, porque se pueden encontrar en muchas regiones de Japón en versiones ligeramente diferentes.

En opinión de las redactoras de la edición japonesa, Maruyama Jisako e Ishijara Yasuyo, los 106 relatos de que consta no son, ni por su contenido ni por su forma, los mejores ni los más representativos de los cuentos antiguos japoneses. Quienes hicimos la traducción de estos cuentos consideramos que lo que aquí presentamos es sólo una pequeña muestra de la rica tradición japonesa viva aún entre el pueblo, en especial entre los habitantes de las zonas rurales. Son una manifestación de la imaginación del hombre, donde lo fantástico se entreteje con la realidad, donde los animales se personifican y los seres imaginarios, como los ogros o las brujas, conviven con los humanos, ayudándolos o rivalizando con ellos.

Hay cuentos que tienen como personajes centrales pájaros o animales como la zorra o el tejón, este último especialmente importante en la tradición japonesa, al que se le atribuyen poderes sobrenaturales, como la facultad de transformarse en persona o en objeto.

En los cuentos encontramos también niños, ancianos, jóvenes de ambos sexos, monjes, campesinos, es decir, personas normales sin ninguna sofisticación que sufren y gozan, que viven las pasiones comunes a todos los hombres de todas las razas y todas las épocas: la envidia, la ambición, la lealtad, la gratitud, la honestidad, etc. Asimismo, las relaciones humanas que se dan entre padres e hijos, entre hermanos, entre la pareja o entre amigos son también tema de algunos de estos cuentos, de ahí su universalidad.

La traducción fue iniciada por Yoneda Jiromi, traductor de la Embajada de México en Japón, quien trabaja como profesor interino de español en la Universidad Aoyama Gakuin en Tokio. Entre los dos seleccionamos unos 50 cuentos de los que aparecen en la edición de *Cuentos antiguos de Japón* correspondiente a 1960 y que por su contenido fueran de fácil comprensión para los lectores de habla española.

La obra de Yanaguita Kunio es la más numerosa en la historia de los estudios folclóricos japoneses. Comprende casi cien volúmenes y unos mil artículos. Sin embargo, muy poco se ha traducido a idiomas europeos, de ahí la importancia de estas traducciones al español, como un primer intento por dar a conocer algo de un material tan rico y abundante.

Deseamos agradecer a El Colegio de México la publicación de estas traducciones, así como el apoyo financiero que para las mismas ha brindado la Fundación Japón.

De igual manera, hacemos patente nuestro agradecimiento al Lic. Plácido García Reynoso, ex embajador de México en Japón y al Sr. Víctor Urquidi, Presidente de El Colegio de México, por el interés que mostraron y su valioso apoyo para que este trabajo se publicara.

De manera muy especial agradecemos al maestro Toneyama Koodyin, reconocido pintor japonés, por habernos proporcionado desinteresadamente los dibujos que ilustran estas traducciones.

También agradecemos a la Srita. Maruyama Jisako que amablemente cedió los derechos de autor y se mostró muy entusiasmada al saber que el trabajo del maestro Yanaguita podía ser presentado por primera vez a los lectores de habla española. Asimismo, agradecemos al señor Ishijara Jiroschi, hermano de la desaparecida Ishijara Yasuyo, quien se mostró de acuerdo en que se hiciera esta publicación, y a Guillermo Quartucci por sus importantes sugerencias en la corrección del español.

México, D.F., julio de 1984.

Virginia Meza H.,

Yoneda Jiromi.

¿Por qué la cola del mono es tan corta?

Se dice que en tiempos remotos la cola del mono medía alrededor de cincuenta metros. La cola se le acortó cuando fue engañado por un oso. La historia es la siguiente:

Un día, el mono se dirigió al oso para preguntarle qué podía hacer para pescar muchos peces en el río. El oso le contestó: “En una noche tan fría como la de hoy, siéntate sobre una roca cerca de un remanso de agua profunda, mete la cola en el agua y verás que con toda seguridad muchos pececillos vendrán y se prenderán a tu cola”.

Lleno de regocijo, el mono hizo lo que le había aconsejado el oso y notó que conforme iba anocheciendo, la cola se le iba poniendo cada vez más pesada. En realidad era que se le estaba congelando, pero él creía que era por los pececillos que se le habían prendido. De pronto pensó: “Bueno, ya es suficiente con éstos. Me voy, pues siento mucho frío en la cola”. Pero cuando quiso sacarla del agua, no pudo, a pesar de sus empeños. De pronto, al dar un jalón con todas sus fuerzas, la cola se le arrancó de raíz.

Algunos dicen que el mono tiene la cara tan roja por el esfuerzo que hacía cuando se le arrancó la cola.

Matsue, Prefectura de Shimane, Toshio Takagi,
Colección de leyendas de Japón.

La sabiduría del monstruo de la montaña

Hace mucho tiempo, en cierto lugar existía un hombre cuyo oficio era cubero. Mientras estaba trabajando fuera de su casa, en una montaña en la que había nevado, se acercó a él un monstruo terrible con un solo ojo y una pierna. Temblando de miedo, el cubero pensó que debía tratarse del monstruo de la montaña, del que tanto se hablaba desde hacía mucho tiempo. El monstruo se dirigió a él: “Oye, cubero, seguro estás pensando que soy el monstruo de la montaña”. El cubero, lleno de pavor, dijo para sus adentros: “Este monstruo adivina inmediatamente lo que yo estoy pensando”. El monstruo volvió a la carga: “Acabas de sentir miedo porque puedo saber de inmediato lo que estás pensando y no sabes qué hacer”. El cubero se vio en aprietos, ya que el monstruo adivinaba cualquier cosa que pensara. Totalmente turbado, continuó su trabajo temblando de miedo. De pronto, como tenía las manos entumecidas, se le resbaló sin querer la punta del aro de bambú y fue a dar a la cara del monstruo. Éste, sorprendido por el golpe, echó a correr hacia las montañas, mientras pensaba: “Estos seres llamados hombres son terribles, pues a veces hacen las cosas que menos se esperan. ¡Vaya a saber qué peligro corro si me quedo aquí”.

Prefectura de Tokushima,
Estudios Locales.

El gorrión y el pájaro carpintero

Se dice que hace mucho, mucho tiempo, el gorrión y el pájaro carpintero eran hermanos. Cuando recibieron el aviso de que su padre estaba enfermo y agonizante, el gorrión, que justamente en ese momento se estaba pintando los dientes de negro, voló en seguida para atenderlo. A esto se debe que aún ahora tenga las mejillas manchadas y que sólo la parte superior de su pico sea blanca. El pájaro carpintero, por su parte, salió después de pintarse el pico, empolvarse las mejillas y arreglarse con calma, por eso no pudo llegar antes de que su padre muriera.

Por esta razón, el gorrión, aunque no tiene una figura tan bella, siempre vive donde vive el hombre y come cuanto necesita de los cereales que come el hombre; pero el pájaro carpintero, aunque tiene una apariencia bella, desde muy temprano por la mañana tiene que recorrer de prisa el bosque, picoteando la corteza de los árboles. Se dice que apenas si come tres insectos al día y pasa las noches en algún hueco de los árboles, llorando porque le duele el pico.

Koadza Suejiroo, Yoneda, Matsushimamura,
Kita Tsugaru-gun,
Prefectura de Aomori, Kunijiko Uchida,
Colección de leyendas de Tsugaru.

Dos avaros

Hace mucho tiempo había dos avaros que vivían en casas contiguas. Un día, uno de ellos le envió al otro un sirviente que habló de esta manera: “Disculpe la molestia, pero mi amo quiere clavar unos clavos y necesita un martillo. ¿No podría prestarme uno por un rato?” El avaro preguntó al sirviente si los clavos eran de madera o de hierro. Ante la respuesta de que eran de hierro, el avaro movió la cabeza diciendo: “¡Hombre!, lo siento, pero presté el martillo para hierro a otra persona y por el momento no lo tengo a mano”.

El mensajero regresó a su casa. Al oír la respuesta de su vecino, el que había solicitado el martillo se quedó sin palabras y, sorprendido, dijo: “¿Cómo es posible que exista en el mundo una persona tan avara? Cuando le pedí prestado el martillo, preguntó si era para clavar clavos de madera o de hierro. Al saber que eran de hierro, negó el martillo con una mentira. No está bien que haya inventado esa historia por temor de que pudiéramos estropearle el martillo”. Y concluyó: “No hay más remedio, tendré que usar mi propio martillo”.

El búho tintorero

Se cuenta que en el pasado el búho se dedicaba al negocio de la tintorería y que muchas aves venían a pedirle que tiñera sus distintos ropajes. En aquel entonces, el cuervo, que era muy presumido, siempre volaba vestido de blanco. Un día, el cuervo llegó a ver al búho tintorero y le pidió que le tiñera sus ropas de un color inigualable. El búho accedió a su deseo y lo tiñó de un negro profundo como el carbón, diciéndole que se trataba de un color como no había igual en el mundo. Al cuervo le desagradó muchísimo, pero ya no pudo hacer nada.

Por eso, cada vez que el cuervo ve la cara del búho, el rencor lo hace enojar y tratarlo mal. Ésta es la causa por la que aún hoy el búho se oculta en lo profundo del bosque y allí se queda mientras el cuervo está despierto. Además, cuando se encuentran por casualidad, el búho lo pasa muy mal.

Iwate-gun, Prefectura de Iwate,
Colección de leyendas de Japón.

La ocasión hace al ladrón

Cierta vez, en un día de nieve, un hombre fue de visita a casa de unos conocidos. Al entrar, el contraste con el blanco intenso del exterior hizo que todo le pareciera oscuro, como si fuera de noche. Mientras exclamaba: “¡Qué oscuro!”, pisó un objeto frío, y al recogerlo, notó que era un machete pequeño. Como desde hacía tiempo deseaba un machete como aquél, se dejó llevar por la tentación y lo escondió en su kimono, pensando que no lo veía nadie. Pero inmediatamente se dio cuenta de que allí había gente y que todos lo estaban observando. “¡Qué cosa más tonta hice! ¿Cómo subsanar este error?”, pensó. En ese momento llegó otra visita quien, al entrar exclamó: “¡Ay, qué oscuro”. Al oír esto, el hombre que había robado el machete, dijo en voz alta: “Yo tengo un conjuro bueno. Te lo voy a enseñar. Si colocas un pequeño machete como éste entre tus ropas pronto verás más claro. Acabo de probarlo y funciona”. Y entregó el machete al hombre que acababa de llegar.

La lombriz y el sapo

Se cuenta que en tiempos antiguos, la lombriz y el sapo se pusieron de acuerdo para confeccionarse un traje nuevo. La lombriz dijo: “Quiero hacerme un vestido hermoso, tejido con hilo muy delgado”. El sapo dijo: “Yo quiero que el mío esté listo lo antes posible, de modo que lo tejeré con hilo grueso”, y se puso a trabajar. Tal como lo pensaba, en un momento estuvo terminado y se lo puso. Era un traje simple y tosco. Por su parte, la lombriz, que tejía con hilo muy delgado, tardaba mucho tiempo y, de pronto, el hilo y el huso se le enrollaron en el cuello.

Se dice que las marcas que la lombriz conserva, son las que le hizo el hilo cuando se enrolló en su cuello y que el sapo tiene ese aspecto tan desagradable porque sigue usando aquel vestido burdo.

Kamiidamura, Oono-gun, Prefectura de Ooita,
Kiyomi Sudzuki,
Antología de cuentos antiguos del pueblo de Naoiri.

El ciempiés mandadero

En cierta ocasión se reunieron un ciempiés, una pulga y un piojo. Al notar que hacía frío, el ciempiés dijo: “En un día como éste, compremos *sake* y bebámoslo juntos”. Todos estuvieron de acuerdo. Sin embargo, a la hora de decidir quién iba a comprar el *sake*, la pulga dijo: “Como yo brinco, podría romper el cántaro. Es por ello que no puedo encargarme de esta tarea”. Asimismo, el piojo dijo: “Como soy torpe y camino muy lento, no seré de utilidad”. Viendo que no había más remedio, el ciempiés decidió ir a comprar el *sake*.

Pero pasó el tiempo y el ciempiés no regresaba. Finalmente, la pulga y el piojo, no soportando la espera, fueron a ver qué hacía el ciempiés, al que sorprendieron en un rincón del jardín, entregado a cierta tarea. Le preguntaron: “¿Qué estás haciendo? Ya llevas mucho tiempo”. El ciempiés, sin volverse, les respondió: “Es que tengo muchas patas y todavía estoy poniéndome las sandalias de paja”.

Iodyima, Nishi Sonogui-gun, Prefectura de Nagasaki,
Historia local del pueblo de Iodyima, Matsuo Kendyi.

Viaje por los cielos

Hace mucho tiempo, un hombre que tenía muy buena suerte en todo, al disparar a un ganso salvaje con un rifle torcido, una de las balas pasó a través de los gansos en formación y uno tras otro fueron cayendo por decenas. Sin dejar ni uno solo, los amarró a su cintura, pero mientras caminaba, los gansos revivieron y volaron hacia lo alto del cielo con el hombre, abandonándolo sobre una pagoda de cinco pisos de un templo en Yamato, actual provincia de Nara.

“Tendré que hacer algo para bajar”, pensó el hombre.

Comenzó a pedir ayuda en voz alta, y mucha gente del templo y de la aldea que salieron, extendieron junto a la pagoda el paño más grande que había en el templo, tomándolo por los cuatro ángulos. Sobre el paño pusieron algodón y entonces ordenaron al hombre que saltara con cuidado. Contó tres, saltó y, al dar en el paño, éste con el impacto se cerró como un saco y los monjes que sostenían los cuatro ángulos fueron a chocar entre sí. Las chispas que brotaron prendieron fuego al paño, al algodón y a la pagoda, quemando vivo al hombre de los gansos. Dicen que esta historia es lo único que de él ha quedado.

El tejón y el caracol

En tiempos antiguos, un tejón invitó a un caracol a hacer una peregrinación al Santuario de Ise. El último día del viaje, el caracol dijo al tejón: “Oye, amigo tejón, es aburrido caminar únicamente en esta forma. ¿No quieres que echemos una carrera a ver quién llega primero al gran Santuario de Ise?”

El tejón aprobó la idea y se puso a hacer los preparativos para la carrera. Sin ser visto, el caracol se adhirió a la cola del tejón, y así, sin ningún esfuerzo, recorrió la misma distancia que el tejón. Al llegar a la entrada del Santuario de Ise, el tejón, lleno de contento, meneó su gruesa cola, la cual chocó contra el muro de piedra. Como consecuencia, la concha del caracol se partió por la mitad y éste cayó rodando por tierra.

El astuto caracol, que era muy orgulloso, aguantando el tremendo dolor, dijo: “Oye, amigo tejón, ¡qué tarde! Yo llegué aquí hace rato, me quité parte de mi ropa y ahora estoy descansando”.

Arita-gun, Prefectura de Wakayama, Moriguchi Seiichi,
Antología de fábulas de Arita

El cuco y el alcaudón

Se cuenta que en la antigüedad, el cuco trabajaba de herrero y el alcaudón de arriero. El alcaudón siempre pedía al cuco que hiciera las herraduras de su caballo, pero nunca le pagaba. Se dice que el cuco siempre le recordaba la deuda cantando así: “¿Cuándo me pagas las herraduras?” Por eso, ahora cuando el cuco sale y canta, el alcaudón, avergonzado, se oculta y jamás da la cara. Se dice que incluso deja diversas clases de insectos en las ramas de los árboles y en otros lugares para halagar al cuco.

Naga-gun, Prefectura de Wakayama,
Estudios locales.

También existe otra versión de la misma historia, aunque no se sabe cuál de ellas es la verdadera. En tiempos antiguos, el alcaudón era muy aficionado al *sake*. A pesar de que había prometido comprar una imagen de Buda para el altar familiar con el dinero que el cuco le había entregado, se lo gastó todo en bebida. Se dice que ésta es la razón por la cual, todos los años, al llegar una época determinada el cuco, para presionar al alcaudón, le grita: “¿Ya compraste la imagen sagrada?”

El alcaudón, cada vez que lo escucha, no sabe qué hacer, por lo que se queda callado y no sale. También se dice que el alcaudón tiene la cara roja debido al *sake* que bebió, aunque lo más probable es que se sienta avergonzado.

Arita-gun, Prefectura de Wakayama,
Estudios locales.

El fuego de año nuevo

Una vez, en una provincia, había un pobre arriero. A pesar de que al día siguiente comenzaría el año nuevo no tenía trabajo. Al regresar a su casa con su caballo sin carga, se topó con un pobre mendigo que gemía tirado a la sombra de los pinos que flanqueaban el camino. “ ¡Mira, hay alguien más desgraciado que yo! ”, se dijo, y pensó que debía ayudarlo.

Sentó al hombre en el lomo del caballo, que afortunadamente venía vacío, y se encaminó a su casa. Con su esposa, acostaron al mendigo sobre una estera extendida en el suelo. No tenían nada que darle, pero atizaron el fuego y así siguieron hasta recibir el año nuevo. Por la mañana, a pesar de que el sol ya estaba alto, el mendigo seguía durmiendo. Se acercaron y trataron de despertarlo, pero no contestó. Se sorprendieron de encontrarlo frío. Al levantar la cobija de paja con que lo habían cubierto, en lugar del mendigo hallaron un gran trozo de oro.

El arriero se volvió inmensamente rico en un instante y así vivieron felices, él y su esposa.

Minami Shitara-gun, Prefectura de Aichi,
Viajes y leyendas.

Las estatuas de Buda

En la antigüedad, vivían en una aldea un anciano y una anciana de muy buen corazón. El anciano todos los días tejía sombreros de paja, con lo que se ganaba la vida vendiéndolos en el pueblo. A pesar de que era la víspera de Año Nuevo, salió con sus sombreros, pero no pudo vender ni uno solo, por lo que regresó a su casa desalentado.

En eso vio que, en medio de la tempestad de nieve, se encontraban de pie, mojadas y como con frío, unas estatuas de Buda de esas que hay en los campos. Sintió pena por ellas y puso los seis sombreros que traía en las cabezas de las seis imágenes de piedra. Al llegar a casa se lo contó a la anciana y como no tenían nada que hacer se fueron a dormir.

En mitad del sueño, en la madrugada del nuevo año, se oyó a lo lejos el ruido de un trineo y voces que cantaban:

¿Dónde está la casa del viejo
que cubrió con sus sombreros
seis imágenes budistas?

¿Dónde está la casa de la vieja?

Al aproximarse el trineo los ancianos se asomaron y dijeron: “Aquí es, aquí es”, mientras en la entrada se amontonaban los sacos de joyas que les arrojaban del trineo. A lo lejos, alcanzaron a distinguir las espaldas de las seis estatuas de Buda.

Esashi-gun, Prefectura de Iwate,
Cuentos antiguos de Esashi-gun, Sasaki.

El samurai fanfarrón

En la antigüedad, un samurai fanfarrón llegó a la casa de un campesino y pasó la noche ahí. “Hace mucho frío esta noche. Cúbrase por lo menos con esta cobija de paja”, dijo el campesino. El samurai contestó: “Con frecuencia he participado en batallas y siempre he dormido sin ponerme nada encima. No la necesito”. Y se acostó. Pero a medianoche, sintiendo frío, no supo qué hacer. De modo que despertó a la gente de la casa y dirigiéndose al dueño le dijo: “Oiga, señor, ¿usted hace que los ratones de esta casa se laven las patas?” El señor de la casa respondió: “No, yo no hago tal cosa”. Dicen que el samurai contestó: “Ah, bueno, como temo que algún ratón pise mi ropa con sus patas y la ensucie, présteme la cobija de paja para cubrirme.”

Sansuke el Dormilón

Hace mucho tiempo, vivía un hombre al que llamaban Sansuke el Dormilón, porque día y noche se la pasaba durmiendo. Cierta mañana, quién sabe qué idea se le ocurriría, pues levantándose cuando aún estaba oscuro, se encaminó a las montañas. Al anochecer regresó a su casa con un faisán que había capturado, y encerrándose solo en su habitación, se dedicó a una tarea secreta. Al atardecer del día siguiente salió de la casa.

El jefe de la aldea, de nombre Guendzaemon, tenía una hija muy hermosa llamada Omiyo. Sansuke se subió a un abeto de la casa de Guendzaemon y esperó hasta que éste regresara. En el momento en que Guendzaemon pasaba por debajo del árbol, Sansuke gritó: “Oye, Guendzaemon, si no casas a tu hija con Sansuke el Dormilón quemaré tu casa en un lapso de tres días”, e hizo volar hacia el oeste el faisán que había traído consigo y al que le había puesto una linterna de papel en la cola. Creyendo que, sin duda, se trataba de un oráculo del dios de Idzumo, Guendzaemon, al día siguiente, se dirigió a la casa de Sansuke el Dormilón y le pidió que fuera el esposo de Omiyo.

Así, dicen que Sansuke se convirtió en el yerno del jefe de la aldea y pasó su vida cómodamente, durmiendo.

Takada-gun, Prefectura de Jirosima,
Cuentos antiguos de la Provincia de Aki,
Isamu, Isogai.

El amor filial de la paloma

Se dice que en la antigüedad, la paloma era realmente perversa y no obedecía a su padre. Si el padre le decía que fuera a trabajar a la montaña, la paloma iba al arrozal. Si le decía que fuera al arrozal, la paloma iba a otros sembrados. Cuando su padre estaba a punto de morir, deseando ser enterrado en una montaña tranquila, le pidió que lo sepultara a la vera de un río, para que la paloma hiciera lo contrario. Y, así, murió.

La paloma comprendió, por primera vez, que no era bueno desobedecer al padre, y en esa ocasión, se encaminó a la vera del río, donde construyó la tumba. Pero cada vez que crecía el río, sentía una gran ansiedad pensando que la corriente podía arrastrar la tumba.

Por esta razón, se dice que aún ahora, la paloma, cuando parece que va a llover, se pone triste, acordándose de su padre mientras gime: "Toto poppo" (¡Papá! ¡Papá!)

Kashima-gun, Prefectura de Ishikawa,
Archivo de Kashima-gun.

El techo de paja del país de abajo

Entre los cuentos de los grandes mentirosos, hay algunos extraordinarios.

En el pasado, comenzaron a excavar un pozo en un pueblo, pero por más que excavaban no hallaban agua. A pesar de ello, continuaron con el trabajo hasta que dieron con paja negra. Al intentar excavar más, quitando la paja, desde más abajo alguien gritó: “¿Qué hacen, gente del país de arriba? Ésta es la paja del techo de mi casa. ¿Qué piensan hacer con quitarla?” Dicen que los del país de abajo se enojaron mucho con los del país de arriba.



Las goteras de las casas viejas

Hace mucho tiempo, en una noche de lluvia, un anciano y una anciana, al no poder dormir, decidieron platicar. Decían que las goteras de las casas viejas eran más terribles que los lobotigres. Un lobotigre que pasaba delante de la casa los escuchó sin que se dieran cuenta. “¡Vaya! Parece que en este mundo todavía hay alguien más terrible que yo y que se llama ‘Goteras de las Casas Viejas’. Debo tener cuidado”. Mientras tanto, un ladrón de caballos, que estaba a punto de entrar en la casa, creyendo que el lobotigre era un caballo, se montó en él. “¡Esto es intolerable!”, dijo el lobotigre, y se lanzó a correr a toda velocidad, pensando que había sido atrapado por “Goteras de las Casas Viejas”. El ladrón de caballos, con los saltos del lobotigre, fue arrojado y cayó dentro de un pozo seco a la orilla del camino.

Entonces llegó un mono que le preguntó a la bestia qué estaba haciendo. Ésta le dijo que dentro de ese hoyo había un monstruo llamado “Goteras de las Casas Viejas”. El mono le dijo que no existía tal monstruo. “Iré a investigar”, añadió, y así, el mono entrometido, trató de sondear el pozo seco con su cola. El ladrón de caballos que se encontraba dentro del pozo se agarró a la cola del mono, el cual, espantado, la jaló hacia arriba con tanta fuerza que se le arrancó de raíz.

Existe pues esta otra creencia de que la cola del mono le quedó corta a partir de entonces.

Aso-gun, Prefectura de Kumamoto, Toshio Takagi,
Colección de leyendas de Japón.



La camelia de oro

En tiempos muy antiguos, en cierta provincia vivía un señor feudal muy impaciente. Un día, en un banquete que se prolongó hasta muy noche, el señor, al ver a su esposa bostezar involuntariamente, se enojó tanto que la envió al destierro sola en un barco. Éste llegó a una isla solitaria, después de ser empujado por las olas. La esposa fue salvada por los isleños y empezó una nueva vida, totalmente diferente a la que había llevado hasta entonces. Poco después, la esposa dio a luz un hijo del señor feudal. Se trataba de un niño bello como una joya, que fue criado igual que los demás niños de la isla.

Cuando cumplió doce años, al ver que los otros niños tenían padre y madre, preguntó a su madre por qué él no tenía padre. La madre le dio, por primera vez, la siguiente explicación: “Aunque eres hijo de un señor feudal de una provincia lejana, cuando aún te tenía en mi vientre fui desterrada por haber cometido el delito de bostezar”. Al escuchar esto, el niño dijo: “Ahora mismo saldré de viaje para ver a mi padre”.

Algún tiempo después, llegó a las proximidades del castillo donde vivía su padre y allí encontró muchas camelias en flor. Al verlas, quién sabe qué idea se le ocurriría y cortó una rama. Con ella en la mano llegó frente a la puerta del castillo, pregonando en voz alta: “¿No desean camelias de oro? Camelias de oro”. El señor feudal oyó la voz, y mandó que trajeran al pregonero. En seguida, un vasallo llevó al niño, quien traía una rama de came-

lia común y corriente. El señor le reprochó por pregonar como rama de oro una simple rama. El niño contestó: “No, no, aunque parece una rama ordinaria, si la planta una persona que nunca bosteza, dará flores de oro”.

El señor se rió y dijo: “¡Qué cosa más tonta dices! ¿Cómo puede haber en el mundo una persona que jamás bostece?” El niño le respondió: “Pero, ¿no desterró usted a su querida esposa por la sencilla razón de haber bostezado una sola vez?”

Al instante, el señor feudal se dio cuenta del error que había cometido e inmediatamente mandó a buscar a su esposa a la isla. Se dice que los tres vivieron juntos y felices toda la vida.

Prefectura de Fukui,
Crónicas de la prefectura de Fukui.

La princesa Ruiseñor

Hace mucho tiempo, en la provincia de Suruga (actual Prefectura de Shidzuoka) vivía un anciano que elaboraba diversos utensilios con el bambú que cortaba en el monte. Luego los vendía para ganarse el sustento. En los libros antiguos, se le llama el Anciano Cortador de Bambú o el Anciano Tejedor de Cribas. Un día, el viejo encontró un nido de ruiseñor con un solo huevo que brillaba extraordinariamente. Se lo llevó a su casa con mucho cuidado. De pronto, el huevo se partió solo y de él surgió una pequeña princesa, muy hermosa.

Por haber nacido de un huevo de ruiseñor, el anciano le puso de nombre Princesa Ruiseñor, y la crió como a una hija. La niña fue creciendo lentamente y llegó a ser una princesa incomparablemente bella. Y como además brillaba, también la llamaba Princesa Esplendor. Desde entonces, los bambúes que cortaba el viejo estuvieron llenos de oro y, en corto tiempo, llegó a ser muy rico. Muchos hombres venían a ver a la princesa con el fin de solicitar su mano, Sin embargo, siempre hacían el viaje en vano, pues no podían contestar a las preguntas que les formulaban el anciano y la princesa.

El emperador se enteró de lo bella y luminosa que era la Princesa Esplendor, y una vez, encontrándose de caza, visitó la provincia de Suruga para verla. Allí, pidió a la joven que fuera a la capital para convertirse en su esposa. Sin embargo, la princesa declinó la proposición del Emperador, pues tenía otros planes en mente.

El otoño del mismo año, en una noche de luna llena, cuando la luz del astro se propagaba serenamente por el cielo, una nube immaculada vino a recoger a la princesa y a su padre, y se los llevó al cielo desde la cumbre del Monte Fudyi. La princesa dejó al Emperador una pócima para ser inmortal con el poema siguiente:

A la hora de ponerme
las vestiduras celestiales,
¡cómo te echo de menos!

Dicen que al leer este poema el Emperador se entristeció mucho y mandó que llevaran la pócima de la inmortalidad a la cumbre del Monte Fudyi y que allí la quemaran, por ser el lugar más cercano al cielo.

Se cuenta que desde entonces, y durante largo tiempo, la cima del Monte Fudyi estuvo ardiendo y echando humo, por lo cual se le llamaba también Fudyi el Humeante.



Competencia de disfraces

En las aldeas se cuentan muchas historias, en las que la zorra y el tejón engañan a la gente disfrazándose, o mejor dicho, transformándose de diversas maneras. Entre esos tejones y zorras que saben engañar muy bien a la gente algunos han tenido nombres humanos.

Se dice que en tiempos antiguos, vivían en un pueblo una zorra llamada Ojana y un tejón llamado Gonbei. Un día Gonbei, el tejón, dijo a Ojana, la zorra: “Dicen que eres experta en disfrazarte. ¿No quieres hacer una competencia de disfraces conmigo?” Ojana, que desde hacía tiempo estaba orgullosa de su habilidad para disfrazarse, al oír sus palabras se alegró interiormente y en seguida dijo que estaba de acuerdo. “Si decidimos hacerlo, cuanto antes mejor, de modo que nos veremos mañana por la noche en los recintos del templo”. De esta manera, se pusieron de acuerdo y se despidieron. Ambos esperaron la noche siguiente dedicando todo su ingenio para tratar de sorprender al otro.

Derramando orgullo y satisfacción, Ojana, la zorra, se disfrazó de novia hermosa y pensó: “Por muy hábil que sea el tejón para disfrazarse no podrá ganarme”. En el momento en que pasaba por debajo del portón del templo, vio tirado un panecillo recién cocido al vapor. Estaba tan fresco y apetitoso que la zorra lo recogió y trató de meterlo en su boca, olvidán-

dose por completo que venía disfrazada de novia. En ese momento el panecillo habló y dijo: “Ojana, te gané, te gané”.

Ésta es la historia del tejón Gonbei, quien transformado en panecillo, consiguió engañar a la siempre glotona zorra Ojana. Se dice que la zorra fue vencida por el tejón en otras ocasiones.

Taira-shi, Prefectura de Fukushima,
Antología de cuentos antiguos de Iwaki.

El muchacho que tuvo un sueño

Un muchacho huérfano, en cierta ocasión tuvo un sueño tan hermoso que, aunque se lo pidieran, no se lo contaba a nadie. Pensaron que si se trataba del señor principal de la aldea, a él sí se lo contaría, por lo que lo llevaron ante su presencia, sin ningún resultado. Entonces, pensaron que con Daikoku* las cosas serían diferentes, pero también fracasaron. Daikoku se enojó sobremanera, y mandó a sus vasallos a que echaran al muchacho.

El muchacho, al ver que lo perseguían, salió corriendo, y se refugió en una casa donde vivía una bruja. “¿A que viniste? ”, le preguntó la mujer con voz terrible. El muchacho le explicó la razón por la cual era perseguido. La bruja, entonces, le dijo: “Pase lo que pase, cuéntame ese sueño”. Al negarse el muchacho, insistió: “Mira, te daré un abanico redondo con el que podrás volar por el cielo si me cuentas tu sueño”. El muchacho contestó: “Antes quiero probar si en verdad puedo volar por el cielo, y si puedo volar, te lo contaré”. La bruja le entregó el abanico redondo. El muchacho lo tomó en las manos y al agitarlo lentamente su cuerpo se hizo más ligero y comenzó a flotar. Cuando estuvo alto en el cielo, huyó.

Mientras volaba sobre el océano se sintió cansado. “Voy a descansar en algún lugar”, pensó. Al mirar hacia abajo, hasta

* Daikoku: Uno de los siete dioses de la felicidad.

donde alcanzaba la vista, notó una pequeña isla. Descendió a ella, pero cuando estaba descansando sintió que la isla comenzaba a moverse. Lo que le había parecido una isla era en realidad el lomo de una enorme ballena.

La ballena también escuchó lo que le había ocurrido al muchacho y le dijo: “Si me cuentas ese sueño te daré unas agujas mágicas. Con una de ellas, a quienquiera que se la claves, por más terrible que sea, morirá. La otra es una aguja que hace revivir a los muertos”. El muchacho dijo lo mismo que había dicho a la bruja: “Si no lo compruebo antes, no hablaré”. Y así, clavó la aguja que mata a la ballena y ésta murió. Después huyó hacia tierra firme usando el abanico. Al descender, se encontró con una ciudad alrededor de un castillo. La gente tenía aire triste. Cuando el huérfano preguntó la razón, le dijeron que era a causa de la muerte de la hija del señor feudal, ocurrida el día anterior. El muchacho dijo entonces a la gente del pueblo: “Yo conozco una técnica que puede volver a la vida a una persona muerta”.

El rumor corrió rápidamente por la ciudad y muy pronto recibió la visita del señor feudal, quien le expresó: “Quisiera que revivieras a mi hija muerta”. El muchacho se dirigió al castillo e inmediatamente fue conducido a la habitación donde se encontraba la doncella muerta, a la que ocultó tras un biombo dorado. Mientras recitaba: “Mmm de oro, mmm de oro”, clavó en el cuerpo de la joven la aguja de la vida que había quitado a la ballena, y al hacerlo, la sangre volvió poco a poco a la cara de la doncella, quien pronto abrió sus grandes ojos.

No es necesario decir que todos se alegraron muchísimo, comenzando por el señor feudal. En toda la ciudad se desató la alegría para celebrar el acontecimiento. El señor feudal le pidió al muchacho que se casara con su hija, pero él no aceptó la proposición. A cambio de eso y como recompensa, recibió una enorme cantidad de oro y volvió a su casa. Dicen que vivió feliz y en paz con sus padres adoptivos.

Midzusawa, Arakawa-mura, Senboku-gun,
Prefectura de Akita.

El dios de la montaña y el niño

Érase una vez una madre y su pequeño hijo. La madre se ganaba la vida modestamente, recogiendo leña todos los días en la montaña. Cuando el hijo llegó a los once o doce años de edad, le dijo a su madre: “Hasta la fecha te he venido causando muchas molestias. A partir de hoy, yo iré a trabajar en tu lugar y tú te quedarás en casa”.

Desde entonces, el hijo fue a la montaña todos los días. Cada mañana la madre preparaba con alegría un portaviandas para su hijo. Un día, el muchacho colgó, como siempre, el portaviandas en un árbol, y mientras cortaba las ramas secas, llegó un anciano de pelo blanco quien, tomando el portaviandas y sin quitar la vista del niño que se encontraba encaramado en el árbol, empezó a comer.

El niño bajó del árbol con muchas ramas secas y dirigiéndose al anciano, le dijo: “Señor, la comida que preparó mi mamá es muy sabrosa, ¿verdad?” El anciano respondió: “ ¡Gracias! La vejez le da a uno hambre”.

Cuando el niño regresó a casa, le contó inmediatamente lo sucedido a su madre, quien le dijo: “ ¡Hiciste una buena acción! Mañana prepararé dos raciones, para que tú puedas comer una”.

A la mañana siguiente, la madre hizo que el chico llevara dos portaviandas. El niño se dirigió a la montaña y mientras estaba trabajando, apareció otra vez el anciano del día anterior, quien comió la porción que le correspondía. Al bajarse del árbol el niño dijo: “¡Señor, hoy mi mamá preparó dos viandas! Si aún no está satisfecho, le daré la otra”. Entonces el anciano se comió la otra ración.

Al tercer día, el chico llevó solamente la ración que correspondía al anciano, ya que debía regresar a casa pronto pues la madre tenía que salir. Cuando el niño estaba por subirse al árbol, apareció el anciano, que habló así: “¡Espera un momento! Hay algo que quiero que sepas. En verdad, yo soy un dios. Escucha bien lo que voy a decirte y haz lo que te indique: Ve enseguida a un templo espléndido que existe en un lugar llamado Tenyiku. Cuando partas, alguien habrá de pedirte un favor y sería bueno que accedieras”. Dicho esto, el anciano se convirtió en un enorme roble.

El chico relató la historia a su madre, quien con alegría, le permitió que partiera, aunque no había nada para que llevara en el camino. Por lo tanto, el niño se dirigió a la casa de un millonario que vivía en las cercanías para pedirle arroz y pasta de soya fermentada. Cuando el millonario preguntó para qué los quería, el chico contestó que para llegar hasta un templo en el país llamado Tendyiku. Entonces el millonario le dijo: “¡Feliz de ti!”, y continuó: “Quisiera pedirte un favor. Mi hija está enferma desde hace tres años y como no se cura no puede hacer nada. Desearía que rezaras por ella, para que recobre la salud”. El niño contestó: “Sí, señor, así lo haré”. Después de recibir el arroz y la soya fermentada salió camino a Tendyiku.

Al caer la noche, llegó a una residencia majestuosa donde pidió permiso para pernoctar. Cuando el señor de la casa le preguntó a dónde iba, el niño contestó que estaba en camino a Tendyiku y le explicó las razones. El señor le dijo: “¡Qué bueno! La verdad es que esta casa ha estado dedicándose al cultivo y venta de la flor llamada *sandan*, pero recientemente se secaron dos árboles, el más viejo y su primer retoño, y ahora no sé qué hacer. Sólo el que le sigue da flores. Por favor, si vas a un

templo en Tendyiku, pide para que vuelvan a florecer mis dos árboles”. El niño nuevamente aceptó hacerlo.

A la mañana siguiente le prepararon algo para que comiera en el viaje y, en el momento de salir, el dueño de casa le advirtió que en el camino se encontraría con un gran río que no tenía puente. “¡Ay, qué problema!” El chico estaba confuso, sin saber qué hacer. En ese momento, vio que en la orilla opuesta caminaba una mujer espantosa, con la cara tan hinchada que no se le podían distinguir con precisión los ojos ni la nariz. El chico se dirigió a ella en voz alta: “¡Oiga! , ¿cómo puedo cruzar este río?” La mujer, de manera extraña y con rapidez cruzó el río, llegó a la orilla donde se encontraba el niño y le preguntó por el lugar adonde se dirigía. Después de escuchar la historia, la mujer habló así: “Yo he vivido mil años en la tierra, mil años en el mar y mil años en el río. La verdad es que no soy un ser humano. Quisiera volver al cielo, pero no sé de qué manera hacerlo. Como ves, tengo los ojos y la nariz ocultos por la hinchazón y camino sin rumbo por esta tierra. ¿No me harías el favor de preguntar a los dioses de Tendyiku qué debo hacer para regresar al cielo?”

Tan pronto como el chico le prometió hacer lo que le pedía, la mujer lo cargó sobre su cabeza y en un instante llegó a la orilla opuesta, cruzando el río con ligereza. El niño, lleno de regocijo, observó a lo lejos un magnífico templo. Cuando llegó a él encontró al anciano que poco tiempo atrás había visto en la montaña, quien le preguntó: “¿Cuántos días tardaste en llegar aquí?” El niño respondió: “Sólo una noche”. El anciano volvió a preguntarle: “¿No te pidieron nada en el camino?” El niño le habló en primer lugar de la hija del millonario. El anciano dijo entonces: “¡Ah!, si se trata de eso, el millonario deberá reunir a todos los empleados de su casa y a los hombres de los alrededores, y hacer que su hija les ofrezca de beber. Si decide entregar toda su riqueza al hombre a quien ella ofrezca la copa, su hija se aliviará inmediatamente”.

Cuando el niño le habló de la flor llamada *sandan*, el anciano le explicó lo siguiente: “Antiguamente, los antepasados de esa familia enterraron una olla de oro al pie de cada uno de esos árboles, pero los descendientes no lo saben. Por eso, hice que se secaran las flores para poder desenterrar las ollas. Cuando las

saquen, tú quédate con una de ellas y la otra será para esa familia. Entonces, los árboles volverán a brotar”.

“¿No te pidieron nada más? ”, preguntó el anciano. Cuando el niño se refirió a la mujer fea, el anciano le dijo: “Cuando la veas, dile que si regala a una persona una de las bolas de *nindyo*, que ha guardado tan codiciosamente, podrá subir al cielo en cualquier momento”. Y luego preguntó: “¿Eso es todo lo que te pidieron?” El niño respondió afirmativamente y entonces el anciano se convirtió otra vez en un gran roble.

El niño emprendió el camino de regreso y cuando llegó al río, la mujer fea, que lo estaba esperando, le preguntó por la respuesta de los dioses. El niño dijo: “Primero ayúdame a cruzar el río y luego te contestaré”. La mujer, como la vez anterior, colocó al chico sobre su cabeza y cruzó el río rápidamente. Ya del otro lado, el niño habló así: “Tú tienes dos bolas, ¿verdad? En vez de guardarlas con tanta avaricia, dame una. Si lo haces, podrás subir al cielo en cualquier momento”. En el momento en que la mujer le entregó una de las bolas, a lo lejos se oyó un fuerte y espantoso ruido, y el lugar se cubrió instantáneamente de neblina. Lleno de pavor, el niño salió a la carrera.

Finalmente, cuando ya estaba lejos, miró hacia atrás y vio que la niebla se había despejado, mientras una columna de agua subía hacia el cielo. Sobre la parte superior del chorro iba la vieja.

El niño guardó en el pecho la bola que le había dado la mujer y se dirigió a la casa de las flores de *sandan*. Al llegar, contó lo que había escuchado en Tendyiku al dueño de casa y éste, inmediatamente, comenzó a cavar al pie de los árboles. Entonces aparecieron dos ollas de oro. No bien entregó una de ellas al niño los árboles secos empezaron a brotar. El chico, muy contento con la olla de oro, se puso en marcha hacía su casa, y una vez allí visitó al vecino millonario.

El chico refirió lo que le había dicho el anciano al millonario y éste reunió en su casa a todos los hombres, tanto empleados como vecinos, e hizo que su hija les sirviera una bebida, pero ella no mostró ningún entusiasmo. El millonario se dirigió

al niño que acababa de regresar de Tendyiku: “Tú también eres hombre. Por favor, acepta la copa”, le dijo. Cuando el muchacho se paró frente a la joven, ésta tomó con presteza una copa y se la ofreció. Viendo que el niño no aceptaba la copa, el millonario le suplicó: “Éste es el deseo de los dioses. Por favor, acéptala”. El niño finalmente la recibió. Entonces la hija recobró la salud al instante y, poniéndose de pie, empezó a bailar.

Pasado el tiempo, el muchacho fue a vivir a la casa del millonario con su madre, se casó con la joven y todos vivieron felices para siempre.

Okinoerabudyima, Ooshima-gun,
Prefectura de Kagoshima, Ichiroo Iwakura,
Colección de cuentos antiguos de Okinoerabu.

La estrella con una lanza

Hace mucho tiempo, vivía un hombre rico que tenía siete hijos varones. En la humilde casa vecina había un niño, quien iba junto con ellos a la escuela. Un día, el maestro les dijo: “Como vamos a ir al río a hacer navegar barquitos, cada uno traiga el suyo”.

Los hijos del hombre rico le pidieron a un carpintero que les construyera un barco. El niño de la casa pobre se echó a llorar por no tener con qué fabricar el suyo. En ese momento pasaba por allí un fiel practicante del budismo, el cual, al conocer el motivo del llantó, le dijo: “Trae tablas y arcilla”. Así lo hizo el niño y el hombre construyó un barco con las tablas, y con la arcilla, un muñeco timonel. Sin embargo, el niño pobre, en su interior, sabía con tristeza que no podría vencer a los niños ricos.

Al día siguiente, fue a la escuela. Los niños ricos se burlaron de su barco, pero, al ser éste botado al río, empezó a moverse extrañamente hacia la derecha, conducido por el timonel de arcilla, hasta que sobrepasó al barco de los hijos del hombre rico, por lo que se alegró mucho. Los hijos del hombre rico no aguantaron la humillación, por lo que tramaron una venganza. Otro día, el maestro les pidió que trajeran un abanico con un ave pintada. Los hijos del hombre rico en seguida compraron un maravilloso abanico, al cual un artista le pintó un gallo.

El niño pobre, mientras pensaba en la forma de conseguir su abanico, vio que pasaba el hombre de la vez anterior, quien,

después de arreglar un abanico roto, le pintó también un gallo. Al día siguiente, el niño llevó el abanico a la escuela, y el gallo pintado en él cantó. El maestro se sorprendió mucho y dijo que si cantaba una vez más sin duda se trataba de un tesoro. En ese mismo instante, el gallo cantó: “¡Quiquiriquí!” Nuevamente, los hijos del hombre rico fueron derrotados, por lo que decidieron atacar al niño pobre con una lanza.

Los maestros de la escuela se interpusieron y los detuvieron. Dicen que en ese momento todos se convirtieron en estrellas.

Actualmente, en esta región (Sayanaguidyima), la constelación llamada Shichise son los hijos del hombre rico, la constelación Neno es el niño pobre y la constelación Yarae, que se encuentra entre ellas, son los maestros de la escuela.

Ésta parece ser la razón por la que desde ese entonces la estrella que se encuentra en primer lugar dentro de la constelación porta una lanza.

Paraíso de los ratones

Hace mucho tiempo, en un pueblo aislado entre las montañas, vivía armoniosamente un viejo matrimonio. Todos los días el anciano iba a la montaña que estaba detrás de su casa a recoger leña y la anciana cuidaba la casa, atendiendo los quehaceres domésticos. Un día, el anciano salió como siempre con entusiasmo, muy de madrugada, rumbo a la montaña, llevando una hoz en la cintura.

Al mediodía, la anciana, que había preparado los panecillos de arroz que le gustaban a su marido, los colocó en un portaviandas y se encaminó a la montaña. Cuando llegó a un desfiladero, sin saber por qué, tropezó con una piedra y cayó rodando por el suelo. Al caer, se destapó el portaviandas y se salieron los panecillos, que rodaron también. Olvidándose del dolor, la anciana fue persiguiéndolos, mientras decía: “ ¡Panecillos, esperen, esperen! ”, pero no logró alcanzarlos.

Los panecillos finalmente entraron en una cueva. La anciana, no obstante, siguió persiguiéndolos gritando: “ ¡Esperen, esperen, panecillos! ”, pero como la cueva estaba totalmente a oscuras los perdió de vista. Sola en la oscuridad, oyó que alguien cantaba alegremente en el fondo de la cueva, como si acompañara con la voz los golpes en un mortero. Llena de miedo, se asomó y vio que unos ratones estaban moliendo granos mientras cantaban: “ ¡Qué es el paraíso? Si no existieran los gatos, este mundo sería el paraíso. ¡Qué bueno, qué bueno!”

La anciana, conteniendo la risa, imitó el maullido de un gato, el cual causó un gran revuelo entre los ratones, que se escondieron gritando: “ ¡Cuidado, llegó el odioso gato! ¡Huyamos, huyamos!” Al llegar al lugar donde habían estado trabajando los ratones, la anciana encontró un mortero de oro, una machacadera también de oro y un montón de tesoros acumulados.

La anciana reunió todos estos tesoros, los cargó y se encaminó a su casa con gran regocijo. El anciano regresó de la montaña y cuando los dos trataron de machacar un grano de arroz en el mortero, éste se llenó inmediatamente de tanto arroz que no podía contenerlo. De esta forma, el matrimonio, poco a poco, fue volviéndose rico.

En la casa vecina vivía una anciana avara, la cual, al conocer lo sucedido, no se pudo contener y mandó a su esposo a trabajar a la montaña. Ella también salió para allá después de preparar unos panecillos de arroz.

Cuando llegó al desfiladero, a la mitad de la cuesta, dejó rodar los panecillos y fue tras ellos, diciendo: “ ¡Esperen, esperen, panecillos! ” Siguiéndolos, entró en la cueva oscura.

Cuando la anciana se asomó al fondo de la cueva, vio a los ratones que se dedicaban a machacar los granos, mientras entonaban absortos la misma canción: “ ¡Qué es el paraíso? Si no hubiera gatos, este mundo sería el paraíso”.

La anciana, entonces, imitó en voz alta el maullido de un gato. Pero los ratones, en vez de huir, como lo había previsto la mujer, se pusieron furiosos y gritaron: “ ¡Aquí está la vieja avara del otro día. Vamos a machacarla!” Entre todos la tomaron de los brazos y las piernas, la metieron al mortero y la hicieron papilla.

Prefectura de Fukuoka,
*Colección de cuentos antiguos
de la Prefectura de Fukuoka.*



Las hachas de oro y de plata

Hace mucho tiempo, vivía un honesto leñador que cortaba árboles en el monte. Un día, mientras trabajaba junto a un estanque, alzó el hacha con tanta fuerza que se le cayó al agua. No sabía qué hacer, porque no podía trabajar sin su hacha, cuando de pronto surgió del agua un viejo de barba blanca, que le preguntó en qué pensaba. El leñador le contó que se le había caído el hacha en el estanque. Al oír esto, el viejo se ofreció a buscarla y se sumergió en el agua.

Poco después apareció de nuevo, con una hermosa hacha de oro, y le preguntó al leñador: “¿Es ésta la que perdiste?” El leñador dijo que no. Entonces el viejo volvió a sumergirse en el agua y regresó con un hacha de plata. El leñador dijo que el hacha que había perdido no era tan bonita, sino un hacha ordinaria de hierro. El viejo se sumergió una vez más y cuando apareció traía consigo una hacha de hierro. Le preguntó al leñador si era la suya y ante la respuesta afirmativa de éste, se la entregó.

El leñador se alegró mucho y dio las gracias al viejo. Éste, muy impresionado, le dijo: “Eres verdaderamente un hombre honesto. Como premio te daré el hacha de oro y la de plata”. El leñador no cabía en sí de alegría, pues no sólo había recuperado el hacha perdida, sino que también había recibido dos maravillosas hachas: una de oro y otra de plata.

El leñador refirió la historia a su vecino, un anciano malvado, el cual, con la intención de hacerse también de unas hermosas hachas, se dirigió al bosque y, a propósito, echó su hacha al agua.

Tal como le había dicho el leñador, un viejo de barba blanca surgió del estanque y diciendo que le traería el hacha se sumergió en el agua. No tardó en aparecer con una hermosa hacha de oro. Cuando le preguntó si era la suya, el anciano avaro, como si esperase la pregunta, contestó de inmediato que sí. El viejo de barba blanca se enojó y dijo: “A los mentirosos como tú, no les doy hachas ni de oro, ni de plata, ni de hierro”. Se sumergió en el agua y nunca más apareció.

Naoiri-gun, Prefectura de Ooita,
Antología de cuentos antiguos de Naoiri-gun,
Kiyomi Sudzuki.

Los tres amuletos

En tiempos antiguos, un joven bonzo de un templo fue mandado a recoger hojas de cedro. Se dirigió al monte y cuando estaba recogiendo las hojas, apareció una mujer, quien le preguntó qué hacía. Él le explicó y la mujer se ofreció a ayudarlo. Como ya empezaba a anochecer, el bonzo se preparó para regresar al templo y entonces la mujer le dijo: “Yo soy tu tía, en una próxima ocasión ven a mi casa y te prepararé alguna comida sabrosa”.

Al regresar al templo, el bonzo contó al monje superior lo que le había pasado, pero éste, previniéndolo, le dijo: “No, tú no tienes ninguna tía. Debe ser alguna bruja de la montaña, por eso no debes ir a su casa”. Sin embargo, el muchacho insistió en que de todos modos quería ir, por lo que el superior no tuvo más remedio que decirle: “En caso de que te ocurra algún contratiempo, recurre a estos amuletos. Y sacando de su ropa los preciosos objetos, se los entregó. Así, el joven bonzo fue a visitar a su tía en la montaña, y al llegar, ella le ordenó que durmiera hasta que estuviese lista la comida. Poco después, el bonzo furtivamente vio que en el fogón había una olla de agua hirviendo, y junto a él, la tía, convertida en una horrible bruja de la montaña, que afilaba un cuchillo. Recordando las palabras del monje, el muchacho lamentó no haber seguido sus consejos. Sin embargo, ya no podía hacer nada. Pensando en la forma de escaparse, habló así:

“Tía, tía, déjame ir al baño”. La bruja de la montaña refunfuñó, pero al final le dio permiso, aunque antes ató una cuerda a la cintura del muchacho. Ya dentro del baño y mientras pensaba en la forma de escaparse, la vieja le preguntó: “¿Muchacho, muchacho, todavía no terminas?”

En el momento en que contestaba: “Todavía no”, se le ocurrió una buena idea. Soltó cuidadosamente la cuerda de su cintura, la ató a una columna del baño y dejó uno de los amuletos que le había dado el monje para que hablara en su lugar.

De esta forma logró escaparse. La vieja, ignorante de lo que había sucedido, preguntó: “Muchacho, muchacho, ¿acabaste ya?” El amuleto en el baño contestó: “Todavía no”. Un rato después, al formular otra vez la pregunta, el amuleto contestó de la misma forma, por lo que la bruja, no pudiendo aguantar más, dijo: “¿Hasta cuando vas a estar en el baño?”, y jaló la cuerda. Entonces la columna del baño empezó a inclinarse y a crujir. Al ver que el muchacho no estaba allí, se puso furiosa, al tiempo que decía: “¿Se me ha escapado!”, y fue tras él a toda velocidad.

Al ver que la bruja de la montaña se aproximaba, el bonzo sacó del pecho otro de los amuletos y lo arrojó hacia atrás, diciendo: “¿Que aparezca un río grande!” Mientras la bruja cruzaba el río que en ese momento había surgido, el joven seguía huyendo rápidamente. Sin embargo, al poco rato, estaba a punto de ser alcanzado de nuevo, por lo que sacó el último amuleto y lo arrojó hacia atrás, diciendo: “¿Que aparezca una montaña grande!”

Así, mientras la bruja cruzaba la montaña, el bonzo consiguió llegar al templo. Golpeando la puerta con fuerza, gritó: “¿Señoría, señoría, por favor, ábrame la puerta en seguida!” El monje contestó mientras se levantaba con lentitud: “Espera, espera. Deja ponerme el gorro”. Fuera, el joven gritaba: “¿Rápido, rápido!” Y el monje respondía: “Espera, espera. Deja ponerme el calzado”. El joven seguía gritando con nerviosismo: “¿Rápido, rápido!” y el monje decía: “Déjame encontrar mi bastón”. Finalmente, le abrió la puerta. El bonzo entró raudamente y rogó al sacerdote que lo ocultara pronto. Éste lo escondió.

dió en la caja de los sutras budistas, justo en el momento en que la bruja de la montaña llegaba y comenzó a buscarlo por todo el templo. Por fin descubrió al joven oculto en la caja de los sutras. Sin embargo, se sentía muy molesta por no poder tocar la caja con las manos ni con los pies, pues sabía que si lo hacía éstos se pudrirían. Entonces el monje le propuso que se convirtiera en alguna cosa y le dijo: “Yo me transformaré en requesón de soya; tú transfórmate en masa fermentada de frijol”. La bruja, con entusiasmo, siguió su consejo y él se la tragó de un bocado. Pero en cuanto se la hubo comido la bruja empezó a alborotarse dentro del estómago del monje, que no aguantaba el dolor, por lo que le ordenó al joven que le trajera unos frijoles de soya de esos que se usan para ahuyentar a los malos espíritus. Después de comérselos, la bruja salió expulsada del estómago del monje a través de una flatulencia.

Dicen que la bruja huyó a la montaña diciendo: “No hay cosa más terrible que el estómago del hombre”.

Miyagawa-mura, Kadzuno-gun, Prefectura de Akita,
Investigación sobre cuentos antiguos.

La imagen budista embadurnada

Hace mucho tiempo, vivía una pareja de ancianos que no tenía hijos. Los dos se dedicaban al cultivo de la tierra y se ganaban la vida sembrando trigo y mijo.

Un año, antes de que el trigo y el mijo estuvieran listos para cosecharse, un gran número de monos aparecieron en el campo y empezaron a comerse los cereales. Por más que los expulsaran, los monos regresaban y devastaban los sembradíos. Por esto, el anciano ideó un plan. En primer lugar, después de pedir a la anciana que machacara arroz glutinoso, el anciano se desnudó y se untó esa pasta en todo el cuerpo. Así, disfrazado como una imagen budista se dedicó a vigilar la sementera.

Cuando aparecieron los monos y lo vieron pensaron que no podrían comer a gusto mientras fueran vigilados por una imagen budista, por lo que acordaron que sería mejor llevarla a la otra orilla del río. Entre todos levantaron y transportaron el cuerpo del anciano. Cruzaron el río, marcando el compás con sus voces que cantaban: “Aunque la corriente se lleve a los monos, no dejemos que se lleve la imagen”.

Al llegar a la orilla opuesta, colocaron sobre el suelo al anciano, pero en ese momento, su cuerpo se inclinó un poco. Al ver esto, el cabecilla de los monos dijo: “La imagen se cae; ¡traigan una caja de mil monedas de oro y sosténganla con ella!” Los otros monos, quién sabe de dónde, trajeron una caja. El

anciano, conteniendo la risa, dejó que los monos hicieran lo que querían.

Mientras sostenían su cuerpo por un costado con la caja de mil monedas de oro, el anciano, sin decir palabra, se inclinó hacia el lado opuesto. Los monos, entonces, trajeron otra caja de mil monedas y la colocaron en el otro costado. Después de hacer esto, los monos cruzaron el río y se alejaron. El anciano se llevó las dos cajas de monedas y ya en casa se alegró mucho junto con su esposa.

En la casa vecina vivía otro matrimonio de viejos. La anciana había venido a la casa de éstos a pedir que le dieran un poco de fuego y escuchó la historia de las cajas de monedas de oro, lo que le dio mucha envidia. De inmediato preparó arroz glutinoso y obligó a su marido a desnudarse, le untó el arroz machacado en todo el cuerpo y lo mandó a la sementera. Al igual que en la ocasión anterior, aparecieron los monos y levantaron al viejo transportándolo a la orilla opuesta del río mientras cantaban. Sin embargo, al viejo le pareció muy cómico y sin poder resistir rompió a reír. Los monos se enfurecieron diciendo: “¡Eres un malvado con disfraz de Buda! Ayer también nos engañaste llevándote dos cajas de mil monedas de oro”. Uniendo las palabras a la acción, arañaron al anciano por todo el cuerpo, dejándolo lleno de sangre.

Senboku-gun, Prefectura de Akita,
Viajes y leyendas.

Tanokyu

En tiempos remotos, existió un actor llamado Tanokyu que viajaba para ganarse la vida. Cuando salía tenía que dejar a su madre sola en el pueblo.

Un día recibió la noticia de que su madre había caído enferma. Tanokyu, que era un buen hijo, decidió regresar de inmediato al pueblo.

Empezaba a oscurecer cuando llegó a la falda de una montaña donde había una cuesta muy pronunciada. La anciana de un merendero en la falda del monte le dijo: “De noche en este monte suele aparecer una serpiente gigante. A partir de esta hora no podrás atravesar el monte. Es mejor que te quedes aquí”.

Pese al consejo de la vieja, Tanokyu decidió subir por una senda de la montaña, pues quería volver a su casa lo antes posible. Mientras se encontraba descansando en una pequeña capilla situada en un desfiladero de la montaña, apareció un viejo enorme de barba blanca y le preguntó quién era. Él contestó que era Tanokyu. El viejo por error creyó haber escuchado *tanuki** y dijo: “Si eres *tanuki* no cabe duda de que puedes transformarte hábilmente. Muéstrame alguno de tus disfraces.

* *Tanuki*: Tejón. En Japón, según la tradición popular, el tejón es un animal que puede transformarse y engañar a los humanos.

Yo tampoco soy hombre, soy una serpiente”. Tanokyu, al saber que el viejo era la enorme serpiente, sintió mucho miedo, pero como traía varias máscaras que empleaba en sus actuaciones, sacó una de mujer y poniéndosela hizo una representación.

La serpiente quedó admirada con la representación de Tanokyu y dijo: “Eres mucho más hábil de lo que yo pensaba”, y empezó a contarle algunas cosas. Por último preguntó a Tanokyu qué era lo que no le gustaba. Éste contestó: “A mí lo que me disgusta son las monedas de oro”. Tanokyu le preguntó a la serpiente qué era lo que no le gustaba a ella. Ésta respondió: “Yo odio la nicotina del tabaco y el tanino del *kaki*. Si me los untasen en el cuerpo quedaría paralizada y no podría moverme. Te he dicho esto, porque eres *tanuki*, pero nunca se lo digas a los hombres”. Tan pronto como dijo esto desapareció.

Tanokyu se tranquilizó y se dio cuenta de que había descubierto un secreto muy valioso. Bajó del monte de una sola carreta y cuando ya estaba amaneciendo se encontró con un viejo leñador del pueblo a quien contó lo que le había sucedido la noche anterior con la serpiente. El leñador dijo: “Vamos a informar de esto a la gente del pueblo y acabaremos con la serpiente”. Así, reunieron nicotina de tabaco y tanino de *kaki*.

En el momento en que la serpiente gigante se enteró de este plan huyó del monte y pensó: “Con toda seguridad aquel *tanuki* es el que habló de mi punto débil, tendré que vengarme”. Poco después, consiguió localizar la casa de Tanokyu y empezó a arrojar montones de monedas de oro por el tejado diciendo: “Esto es en venganza por lo que me hiciste el otro día. ¡Para que aprendas!”

Jigashi Tsuno-mura, Takaoka-gun,
Prefectura de Koochi,
Colección de cuentos antiguos de Tosa,
Katsurai Kadzuo.

La estaca del puerto

En la antigüedad, en el puerto de Jeisaka de la región de Mikawa, había un malvado tejón que siempre causaba problemas a los barqueros. La peor de las travesuras de ese tejón es que se transformaba en estaca, haciendo que los barqueros amarraran a ella las cuerdas de sus barcas. Mientras los barqueros se encontraban divirtiéndose en tierra firme, el tejón se llevaba las barcas.

En el puerto de Jeisaka no había estacas, pero los barqueros provenientes de otros lugares que llegaban a este puerto al atardecer no lo sabían y desde luego no se podían imaginar que un tejón se hubiera transformado en estaca, por lo que amarraban a ésta sus barcas pensando que habían tenido suerte al encontrarla en tan buen sitio. Así, las barcas se iban a la deriva.

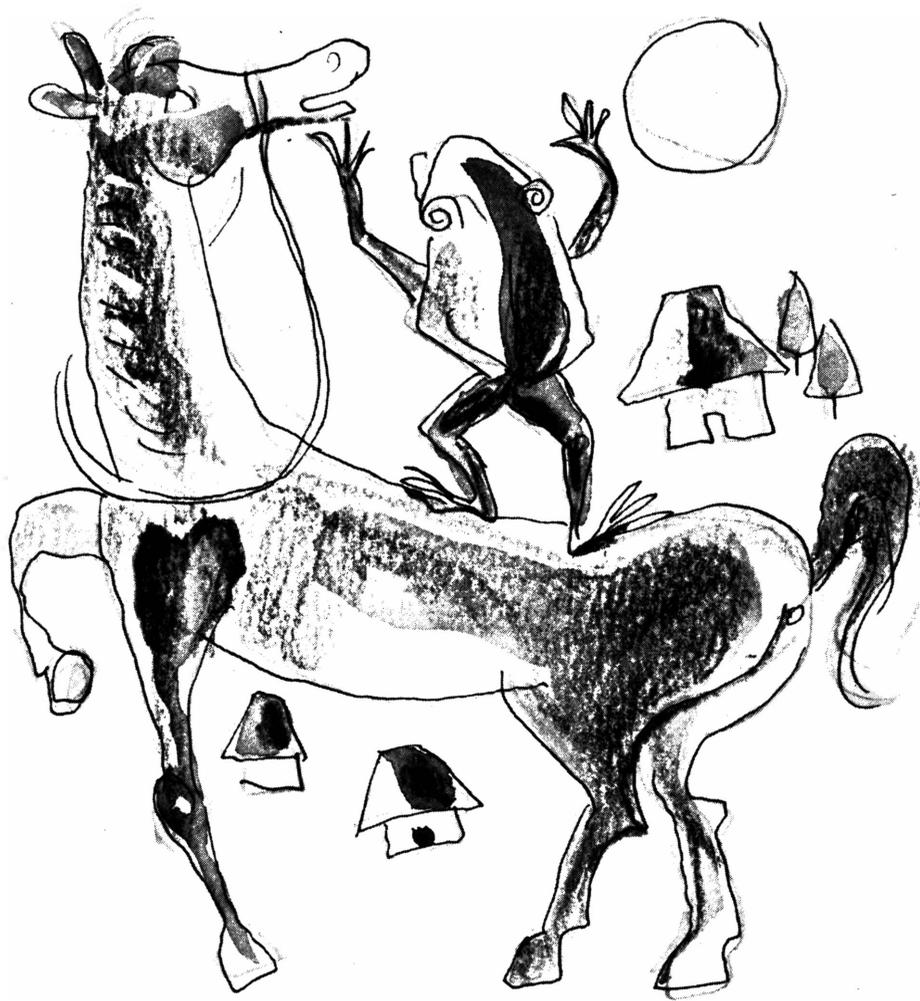
Las travesuras del tejón hicieron que paulatinamente disminuyera el número de visitantes a este puerto. Por esta razón, los jóvenes más robustos del lugar decidieron exterminar al tejón, costara lo que costara. Y así, una noche de luna en que toda la superficie del agua brillaba con claridad y sólo la ribera se veía un poco oscura, tres o cuatro jóvenes salieron remando, llevando a escondidas cuerdas y palos dentro de la barca.

Uno de los jóvenes, a propósito, dijo en voz alta: "Si pudiéramos subir por aquí, sería estupendo, pero no se ve ninguna estaca por ningún lugar". Entonces, de repente, apareció una

gruesa estaca cerca de la orilla. Los jóvenes se miraron unos a otros y pasaron de largo cerca de la estaca, como si no se hubieran dado cuenta de ella; entonces, desde el agua, se oyó que alguien decía en voz baja: “¡Estaca!, ¡estaca!” Al tejón, por naturaleza, le falta un poco de inteligencia, por lo que se impacientó y habló temiendo que nadie se percatara de que ahí estaba él convertido en estaca. “¡Ah, aquí hay una estaca muy buena y bastante gruesa, y no nos habíamos dado cuenta!” Todos rieron y sacando una cuerda de la barca la amarraron en seguida a la estaca. Era una cuerda el doble de largo de lo normal. Con ella ataron firmemente la barca, luego sacaron palos y con ellos golpearon la estaca. De pronto, la estaca se puso a llorar volviendo a su aspecto original de tejón.

Se dice que así fue vencido el malvado tejón y todos vivieron felices.

Jadzu-gun, Prefectura de Aichi.



La rana que imitó al hombre

Este cuento es originario de un pueblo montañoso llamado Nisattai, Nito-gun, Prefectura de Iwate.

En tiempos antiguos, en un río de Nisattai vivía una rana. Cierta día un hombre dedicado al negocio de caballos cabalgaba de Kokonoe hacia Fukuoka cantando despreocupadamente. Al escucharlo, la rana pensó que le gustaría cantar como él y trató de imitar su voz, pero por mucho que se esforzaba no lograba reproducir la voz del hombre.

La rana cantaba con tanto empeño en voz alta que el hombre se sorprendió al oírla y detuvo su marcha. Miró a su alrededor, pero no vio nada. Solamente una rana que croaba. El hombre preguntó a la rana qué es lo que estaba haciendo y ésta contestó: “Como tu voz es tan bonita, estoy tratando de imitarla”, y le preguntó a dónde iba, a lo que el hombre contestó: “Voy a hacer una peregrinación al Santuario de Ise. Si quieres, te llevaré”. Agradecida, la rana saltó al lomo del caballo y se fueron juntos.

Cruzaron montañas, pasaron pueblos y llegaron cerca de Morioka. A la sazón, la rana, sobre el lomo del caballo, se dijo: “¡Mira! el hombre puede caminar erecto sobre las dos piernas, ¿por qué yo no puedo hacer lo mismo? Voy a intentarlo”. Así, bajó del caballo y trató de andar sobre sus patas traseras.

Como pudo hacerlo tan bien, siguió caminando con mucha satisfacción. Después de haber caminado durante algún tiempo, al mirar hacia adelante observó que era un lugar parecido a Nisattai. “¡Qué extraño!”, pensó, dejando de caminar. “¿Cómo puede haber un lugar tan parecido a Nisattai?” Después de descansar un rato, volvió a mirar a su alrededor y se dio cuenta de que el lugar donde se encontraba era precisamente Nisattai.

Lo que había pasado es que los ojos de la rana están colocados en la parte posterior de la cabeza; así, al andar erecta sobre sus patas traseras, había caminado hacia atrás, volviendo al punto de partida.

Esta historia enseña que a veces, al tratar de imitar lo que hacen los demás, los resultados no son buenos.

Ninoje-gun, Prefectura de Iwate,
Cuentos antiguos de Ninoje,
Kikuchi Isamu.

Por qué es salada el agua del mar

Hace mucho, muchísimo tiempo, en cierto lugar vivían dos hermanos. El hermano mayor era rico y el menor pobre. Al acercarse el fin de año, éste no tenía con qué hacer los preparativos para el día siguiente, que era Año Nuevo. Así que se dirigió a la casa de su hermano a pedir prestado un poco de arroz, pero aquel le dijo cosas terribles y no le prestó nada. Sin poder hacer otra cosa, iba de regreso a su casa cuando en el camino de la montaña se encontró con un viejo de barba blanquísima que estaba cortando leña y le preguntó: “¿A dónde vas?” El hombre le respondió: “Esta noche es la de Año Nuevo, pero como no tengo ni siquiera arroz para ofrecerlo al dios de los cereales, simplemente estoy caminando sin rumbo fijo”. El anciano dijo: “Sin duda es un problema, así que te daré esto”. Sacó un pequeño panecillo de trigo y le dijo: “Lleva este panecillo y ve a la capilla del dios de este bosque; detrás de la capilla hay un hoyo que está lleno de enanos que seguramente desearán tu panecillo. Diles que se lo cambiarás no por oro ni por otra cosa sino por un molino de piedra, el cual debes llevarte”.

De inmediato se dirigió a la capilla del bosque y como le había dicho el anciano, efectivamente había allí un agujero del cual entraban y salían muchos enanos haciendo bulla. Se puso a observar qué estaban haciendo. Intentaban llevar una sola paja, caían y rodaban por el suelo diciendo: “¡A ver, la llevaré yo!” Después la tomaban con los dedos y la transportaban.

En ese momento, a la entrada del agujero se oyó una voz

similar al zumbido de un mosquito que gritaba: “¡Asesino, asesino!” Sorprendido, miró con atención y vio que uno de los enanos estaba atorado entre los tacones de una sandalia de madera. De prisa y con cuidado lo tomó con los dedos y lo sacó de ahí. “Qué hombre tan grande y fuerte”, dijo el enano mirando hacia lo alto, y entonces descubrió el panecillo de trigo que tenía en la mano el hombre. “Por favor, dánoslo”, le rogaron. Diciendo esto trajeron gran cantidad de oro y lo amontonaron frente a él, pero como se lo había indicado previamente el anciano de la barba blanca les dijo: “Sólo lo cambiaré por un molino de piedra”. De esta manera le entregaron el molino mientras le decían: “Éste es un tesoro inigualable entre los enanos, pero te lo damos a cambio del panecillo. Si lo haces girar hacia la derecha saldrá todo lo que desees; si lo giras hacia la izquierda dejarán de salir cosas”.

Con el molino en brazos volvió a casa, donde su esposa ya estaba cansada de esperarlo. “Hoy es la noche de Año Nuevo. ¿Dónde has estado? ¿Conseguiste que te prestaran el arroz?”, preguntó con insistencia. Él dijo: “¡No importa! Rápido trae una estera de arroz y extiéndela”. La esposa hizo lo que le pedía y sobre la estera colocó el pequeño molino; mientras, repetía: “Que salga arroz, que salga arroz”, girando el molino hacia la derecha. De esta manera, uno tras otro, empezaron a salir montones de arroz. Después, pidieron: “Que salga salmón”, y salieron tres enormes salmones curtidos en sal. Posteriormente, en forma sucesiva, hicieron que salieran todas las cosas que necesitaban. Esa noche, el hermano menor y su esposa la pasaron indescriptiblemente felices. Después de recibir el Año Nuevo, se fueron a dormir.

Al amanecer, en la mañana del primer día de Año Nuevo, él pensó: “De repente me he convertido en un hombre rico, por lo que ya no necesito vivir en una casa prestada como hasta ahora. Lo primero que voy a hacer es construir una casa nueva”; y así, haciendo girar el molino, hizo aparecer una imponente casa con una bodega de 9 metros por 6. Después, surgieron una serie de habitaciones contiguas, una caballeriza y siete caballos atados. Más tarde ordenó: “Que salgan panecillos de arroz y *sake*”, y empezó a hacer los preparativos para celebrar la ocasión, invitando a todos los vecinos del lugar y a sus parientes, sin olvidar a ninguno.

Toda la gente del pueblo, sorprendida, acudió a la invitación y tuvo un gran banquete, como el que no había habido otro igual hasta entonces. También fue invitado el hermano mayor, quien un día antes no le había querido prestar ningún grano de arroz. No podía resistir la curiosidad y se preguntaba: “¿Qué cosa le habrá ocurrido, que de la noche a la mañana se ha convertido en un hombre tan rico?” Lleno de sorpresa miraba todo con atención. Poco después, cuando los invitados empezaron a retirarse, el hermano menor dijo: “Por lo menos, les daré unos pasteles para que se los lleven como regalo”. Haciendo girar el molino de piedra pidió: “Que salgan pasteles, que salgan pasteles”. El hermano mayor, viendo a escondidas, se dijo: “¡Ah! , ya veo; es ese molino”.

Más tarde, cuando los invitados se habían ido, esperó el momento en que el hermano menor y su esposa estuvieran dormidos y, entrando a hurtadillas, robó el molino de piedra de la habitación a oscuras. Aprovechando la ocasión también cogió los panecillos de arroz y los pasteles que había allí cerca y se dirigió a la playa donde, afortunadamente para él, había una pequeña embarcación. Colocó dentro el precioso molino, desató las cuerdas y empezó a remar mar adentro con la intención de llegar a alguna isla y allí, solo, convertirse en un hombre rico. Sin embargo, en el barco únicamente llevaba cosas dulces como panecillos de arroz y pasteles, pero desafortunadamente no había nada salado, por lo que se dijo: “Entonces, antes que nada, haré que salga un poco de sal. ¡Que aparezca sal, que aparezca sal! ”, ordenó descuidadamente, haciendo girar el molino. De repente, salió tanta sal que llenó el barco. Aunque quería evitar que siguiera saliendo sal, no sabía que para detener el molino tenía que girarlo hacia la izquierda. La sal seguía saliendo sin cesar, por lo que al fin, con el peso, el barco se hundió junto con el hermano mayor y el molino de piedra que había robado.

Como hasta ahora no hay nadie que haga girar el molino hacia la izquierda, éste continúa en el fondo del mar, girando y produciendo únicamente sal. Dicen que ésta es la razón por la que el agua de mar es salada, tal como la conocemos.

Prefectura de Iwate.

3 de marzo, día de las niñas

Hace ya mucho tiempo, en una aldea vivía un viejo labrador que tenía una hija muy hermosa.

Durante la época de la siembra del arroz, mientras el viejo vigilaba las sementeras, vio que una serpiente perseguía a una ranita y estropeaba los brotes. Entonces le dijo: “¡Serpiente, no la persigas y te daré a mi única hija!” Al oír esto, la serpiente se fue tranquilamente dejando de perseguir a la rana. Desde esa misma noche, un apuesto joven venía muy tarde a visitar a la hija del labrador y se marchaba temprano al amanecer. El viejo se sentía preocupado por no saber quién era ese hombre.

Un día, un adivino a quien nunca había visto pasó por delante de su casa. El viejo lo llamó y le pidió que le dijese su suerte. Según el adivino, el marido de la hija no era un ser humano y debido a que tendría un hijo de él, probablemente moriría en un futuro cercano. “Sin embargo, existe un medio para salvarla: un águila tiene su nido sobre un árbol grande que está en la colina detrás de tu casa. En el nido hay tres huevos. Te aconsejo que pidas a tu yerno que vaya y traiga esos huevos para dárselos de comer a tu hija”.

Así pues, esa noche, cuando el yerno llegó a la casa, el suegro le dijo que quería comer huevos de águila. El yerno con gusto aceptó subir al árbol y traer los huevos. Dicen que en el momento de trepar tenía el aspecto propio de una serpiente.

Tomó dos huevos con las fauces y los trajo, pero al subir por el tercero, el águila mató a la serpiente a picotazos.

Cuando el viejo regresó a la casa, encontró al adivino del día anterior y le contó lo sucedido. El adivino dijo: “Tu hija ya está salvada. El día 3 de marzo hazle beber *sake* sobre el que flote una flor de melocotón y así ella se pondrá cada vez más saludable. Yo soy aquella rana a la que tú salvaste; éste es el pago por aquel favor que me hiciste”, y diciendo esto se alejó dando saltos.

Se dice que ésta es la razón por la que desde entonces, el día 3 de marzo, se acostubra tomar *sake* con flores de melocotón.

Kishima-gun, Prefectura de Saga.

La medusa deshuesada

En la remota antigüedad, la esposa del Rey Dragón, que habita en el fondo del mar, antes de dar a luz tuvo un extraño antojo: quería comer hígado de mono. El Rey Dragón, que deseaba satisfacer a toda costa ese capricho, llamó a una tortuga vasallo, a quien preguntó si se le ocurría alguna buena idea. La sabia tortuga en seguida se dirigió a las islas japonesas y encontró un mono que jugaba en las montañas cercanas a una playa. “ ¡Oye, amigo mono! ¿No te gustaría ir a visitar el palacio del fondo del mar? Hay grandes montañas y toda clase de manjares exquisitos. Si quieres ir, yo te llevaré en mi espalda”, y le mostró su gran caparazón. La tortuga, con sus hábiles palabras, sedujo totalmente al mono que estaba muy contento de visitar el palacio del mar.

Era, en efecto, un palacio mucho más hermoso de lo que había oído. Mientras el mono estaba parado a las puertas del palacio, esperando que la tortuga lo guiara, una medusa guardián, al ver su cara, se sonrió y dijo: “Amigo mono, no sabes nada, ¿verdad? La esposa del Rey Dragón, que dentro de poco va a dar a luz, desea comer hígado de mono. Es por eso que te invitaron como huésped”. Al oír esto, el mono comprendió el engaño, pero fingió no saber nada, ya que el mono también es sabio. Un poco después salió la tortuga por él. “Amiga tortuga, ¿si vieras la tontería que hice! Puse a secar mi hígado, colgándolo en un árbol de la montaña donde vivo, y lo olvidé. Si hubiera sabido que aquí hace tan buen tiempo, lo habría

traído. Estoy preocupado, porque si llueve, se me mojará”. Entonces, la tortuga dijo: “¿Qué dices? ¿Que olvidaste tu hígado? Entonces, no tendremos más remedio que ir por él”.

Así, subido en el lomo de la tortuga, volvió a la misma playa. En seguida, con gran prisa, el mono bajó a tierra, subió a la copa del árbol más alto y con cara de inocencia miró hacia un lado y otro. La tortuga, sorprendida, le preguntó: “¿Qué te pasa amigo mono? ”; y el mono, riéndose, dijo: “Ni hay montañas en el mar, ni hígados fuera del cuerpo”.

Entonces, la tortuga pensó: “No hay duda que aquella medusa parlanchina le debe haber dicho algo mientras esperaba a la puerta del palacio”. La tortuga regresó al palacio y acusó a la medusa ante el Rey Dragón, que respondió: “¡Esto es imperdonable!” Y mandó despellejar y deshuesar a la medusa. Se dice que la medusa es como la conocemos ahora debido al castigo que le impusieron por habladora.

Colección de arena y piedras

El cuadro de la esposa

Hace muchísimo tiempo existía un joven que vivía solo y tenía fama de ser el más pobre de esa isla. Su casa era muy pequeña, de unos ocho metros cuadrados; al lado de la casa sólo tenía un poco de tierra de labranza. Llevaba una vida tan pobre que aunque hoy tuviera para comer no sabía si mañana tendría.

El joven pensó sembrar patatas en su pequeño sembrado y, mientras estaba arando la tierra, de repente vio delante de sus ojos a una mujer tan hermosa que no sabía si había caído del cielo o si había brotado de la tierra. El joven, sorprendido, se quedó sin saber qué hacer; entonces, la joven hincó sus rodillas en la tierra y con ambas manos en el suelo le dijo: “ ¡Por favor, tómame por esposa! ”, a lo que él contestó: “Como ves, yo estoy solo, vivo al día y apenas tengo para comer. No puedo mantener a una mujer tan bella como tú. Como eres hermosa tú puedes ser la esposa de un hombre rico. Por eso, no pienses casarte conmigo”. Al oír la negativa del joven, la mujer agregó: “Si no me caso contigo, no me casaré con nadie en este mundo”. El joven, sin saber qué hacer, volvió a su casa, y la mujer se fue tras él e hizo la limpieza de la casa, que estaba muy sucia. Si el joven decía: “Hoy no hay arroz para comer”, ella contestaba: “Bueno, entonces yo lo traeré”. Y salía al campo y sembraba las semillas, que en seguida brotaban. El arroz crecía ante sus ojos y al pasar una hora lo traía y lo cocinaba. De esta manera, la mujer fue cultivando aquella tierra árida, por lo que en poco tiempo el joven se convirtió en un gran terrateniente.

Cuando la ropa del joven estaba rota, sacaba el hilo de los gusanos de seda, lo hilaba y al instante tenía lista una prenda nueva. Como la casa era pequeña, construyó una gran casa de madera y también una bodega. Así, el joven se convirtió en uno de los hombres más ricos del pueblo.

Él, como siempre, salía a trabajar al campo todos los días, pero ahora regresaba en seguida. Un día, la esposa, dirigiéndose a él, le dijo: “Tú antes tenías fama de ser un hombre trabajador, ¿por qué últimamente regresas tan pronto?” A lo que el joven respondió: “Si no veo tu cara, al menos cada hora, no puedo trabajar”. Entonces la esposa agregó: “Si se trata de eso, aquí tengo un remedio. Lleva esto contigo”.

Trajo un cuadro en el que estaba dibujada su cara y se lo entregó al esposo. El hombre se fue al campo y mientras clavaba estacas tenía colgado delante el cuadro con la cara de su esposa, al que miraba de vez en vez y trabajaba con todo empeño. Pero de pronto empezó a soplar un fuerte viento y el cuadro de la esposa se fue volando quien sabe a dónde. El hombre regresó a casa desanimado y se lo contó a su mujer; ésta sacó un nuevo cuadro y se lo entregó.

La pintura que había volado por los aires cayó en el pasillo exterior de la casa del señor feudal quien, al descubrirla, la miró detenidamente y, dirigiéndose a sus vasallos, les dijo: “No creo que exista en este mundo realmente una mujer tan hermosa como ésta”. Los vasallos también dijeron: “Es verdad. Debe parecer tan hermosa porque se trata de una pintura”. Pero uno de ellos avanzó un poco, miró la pintura con detenimiento y dijo: “Esta mujer existe en realidad. Su casa queda a unos ocho kilómetros de aquí. Es la esposa de un hombre que antes era pobre. Un día esta mujer vino, nadie sabe de dónde, y se casó con él. A partir de aquel momento su marido, poco a poco, construyó una mansión y la fue agrandando, hasta convertirse en el segundo o tercer hombre más rico del pueblo. Si le ha gustado tanto esta mujer, ¿por qué no la manda traer en seguida?”

El señor feudal se quedó pensando por unos momentos y dijo: “Está bien”, y mandó en seguida a sus sirvientes con una

orden a la casa de ese hombre. El mandato decía: "Trae contigo a dos luchadores de *sumo*. Yo también prepararé dos. Si tus hombres ganan te daré 500 monedas de oro, pero si gano yo me tienes que dar a tu esposa". Ante este difícil problema, el esposo se entristeció y derramó lágrimas, pero la esposa lo tranquilizó: "No te preocupes, yo voy a buscar a los luchadores de *sumo*". Y muy pronto regresó trayendo a dos ancianos, uno de 70 y otro de 80 años. Al verlos, el esposo dijo: "Esos ancianos no podrán luchar. A partir de ahora tendré que vivir separado de ti". Y comenzó a llorar de nuevo, pero la mujer insistió: "No te preocupes y llévalos contigo". Así, el hombre se dirigió junto con los dos ancianos a la casa del señor feudal, donde se encontraban dos grandes luchadores de *sumo*, gordos como gigantes barriles. Muchos de los vasallos al ver a los dos viejos que había traído el hombre no podían disimular la risa.

Primero salió uno de los luchadores del señor feudal, un hombre muy grande, que empezó a prepararse para la lucha. Después, por parte del hombre, salió el anciano de 70 años. No bien hubo empezado la lucha, el anciano, con un grito, lanzó a aquel hombre enormemente gordo que quedó clavado en el suelo unos 30 centímetros. El anciano de 80 años que salió después también enterró a su adversario 60 centímetros en la tierra, por lo que el señor feudal resultó vencido.

Tal como se había acordado, el hombre recibió 500 monedas de oro y regresó a su casa lleno de regocijo. Entregó 100 monedas a cada uno de los ancianos y los despidió. Entonces la esposa dijo: "Con esto ha terminado mi trabajo, así que solicito tu licencia para irme hoy mismo". El hombre, sorprendido, le preguntó: "¿Por qué lo dices tan de repente? Prefiero morir antes que separarme de ti", agregó, tomando la mano de su esposa. La mujer replicó: "No digas eso. Pero si así fuera, te daré la mano que tienes entre la tuya", y diciendo esto, se arrancó el brazo completo y desapareció.

Esa noche el hombre casi no pudo dormir pensando en su mujer, por lo que a la mañana siguiente se quedó dormido hasta muy tarde. Al despertar, permaneció sentado dentro de la casa solitaria, sin pensar en nada; entonces oyó voces de gente que pasaba. Eran las voces de la gente que venía a visitar el templo

que estaba detrás de su casa, y decían: “ ¡Ocurren cosas misteriosas! Hoy los dos dioses tienen colgado en el cuello cien monedas de oro cada uno y a la diosa que está en medio de ellos le falta un brazo. ¿A qué se deberá? ” Cuando oyó esto, el hombre se sobresaltó enormemente y pensó: “O sea que la que yo creía mi mujer era una diosa. Cometí un sacrilegio”. Y con gran prisa se dirigió al santuario, llevando el brazo que le había dado su esposa el día anterior. Tal como lo había imaginado, a la diosa le faltaba un brazo. El hombre oró fervorosamente y le devolvió el brazo cortado diciendo: “Perdón, no sabía que eras una diosa. Mi acción es imperdonable”. Unos momentos después, al levantar la cara, vio que el brazo de la diosa se había reintegrado perfectamente bien a su sitio original.

Ésta es la historia de un hombre a quien los dioses ayudaron por ser honesto.

Nadze, Amamiooshima,
(Actual ciudad de Nadze),
Prefectura de Kagoshima,
Estudios de cuentos antiguos.

El novicio y la zorra

Hace mucho tiempo en un templo de la montaña existía un novicio llamado Dzuiten. En una ocasión que el superior había salido se quedó al cuidado del templo. En eso, una zorra llegó frente a sus habitaciones y lo llamó: “¡Dzuiten, Dzuiten!” Esto le pareció demasiado molesto y fue hasta las ventanas del salón central. Al mirar desde allí, la zorra estaba parada de espaldas a la entrada y frotaba su gruesa cola en la puerta produciendo el sonido *dzui*; al golpear la cabeza contra la puerta hacía el sonido *ten*. Como era un muchacho listo, regresó de inmediato a su habitación y permaneció quieto al lado de la puerta. Cuando se oyó el sonido *dzui* abrió completamente la puerta y en eso, la zorra, que estaba por dar un cabezazo para que hiciera *ten*, cayó rodando dentro del jardín. En seguida cerró la puerta, trajo un palo y comenzó a perseguir a la zorra que desapareció en ese momento.

Poco después, fue a ver al salón central del templo, pero en un abrir y cerrar de ojos la imagen principal de Buda se había duplicado y no podía distinguir cuál de ellas era la zorra disfrazada. “Por más que hagas, te descubriré. Nuestra imagen principal, cuando celebramos los servicios religiosos, saca la lengua, así que no me puedes engañar”, dijo. Entonces, mientras leía los sutras haciendo sonar el *mokugyo*,* la zorra que se había transformado en la imagen de Buda sacó una lengua muy grande.

* *Mokugyo*: instrumento de madera que se hace sonar a la hora de leer los sutras en las ceremonias budistas.

“Ahora, en la habitación, le presentaré a nuestro Buda sus ofrendas”, y se dirigió a la cocina seguido del falso Buda. “Ante todo, vamos a darle un baño”, dijo, y rápidamente introdujo a la zorra dentro de una gran olla que estaba sobre el brasero, la tapó bien y prendió el fuego.

Se dice que coció completamente a la zorra antes de que el superior regresara.

Toyosato-mura, Mogami-gun,
Prefectura de Yamagata,
Archivo del pueblo de Udzen,
Toyosato-mura.

La capa mágica

En la antigüedad, en una región montañosa, había una hermosa joven. Un día de primavera fue a pasear a la montaña con la gente de la aldea, pero equivocó el camino y llegó sola a un lugar lejano de donde no podía regresar. Empezó a oscurecer poco a poco y no sabía hacia dónde dirigirse. Entonces, a lo lejos vio una luz, por lo que con gran alegría se dirigió hacia ella.

La luz provenía de la casa de una bruja de la montaña, quien en ese momento se encontraba al lado del fogón encendido. “Siento que hayas venido hasta aquí, pero no te puedo dar alojamiento, porque ésta es la casa de alguien que se come a la gente; es mejor que busques la casa de un ser humano”, dijo la bruja. Al escuchar esto, la joven se estremeció de terror, pero dijo: “Ya no me importa que me coman; por favor, dame alojamiento, porque si camino por la montaña en una noche tan oscura como ésta, con toda seguridad seré comida igualmente por un oso o un lobo. En vez de eso, prefiero que me coman aquí”. La bruja, al escuchar esto, se compadeció y le indicó lo siguiente: “Te daré una valiosa capa de paja, que es mi tesoro. Cúbrete con ella y sigue adelante. Si recitas tres veces un conjuro, teniendo la capa puesta, te puedes convertir en lo que tú desees, ya sea una anciana o una niña. Además, al sacudirla, aparecerá lo que quieras”. Diciendo esto, le dio una hermosa capa y le enseñó la forma de usarla. La joven la recibió con alegría; en seguida tomó la forma de una anciana decrepita y salió de la casa de la vieja.

En el camino vio a unos terribles ogros, que habían tendido una emboscada. “ ¡Ah, ahí viene alguien. Vamos a atraparlo y a comérmolo”, dijo uno de los ogros, pero los otros lo detuvieron diciendo: “No, olvídale. No tiene chiste comerse a una vieja tan sucia y flaca como ésa”.

Entre tanto, cuando apenas amanecía, llegó a un pueblo desconocido, se paró frente a la puerta de una casa rica y dijo: “No tengo a dónde ir. Por favor, déjeme quedar en algún rincón”. El hombre rico, que era muy piadoso, le permitió quedarse en una de las habitaciones desocupadas de los sirvientes.

Desde entonces vivió en ese lugar. Durante el día, se la pasaba hilando o haciendo otras cosas. Como las noches eran aburridas, en secreto, se convertía en la joven que era, mientras nadie la veía, y se dedicaba a hacer labores manuales. Una noche, ya tarde, uno de los hijos del dueño salió y vio que en las habitaciones de los sirvientes sólo había una luz encendida. Al asomarse, descubrió a una hermosa joven, que se dedicaba en silencio a las labores manuales. Pensó que le gustaría tenerla por esposa y al día siguiente la buscó por toda la casa. Pero en ningún lugar encontró a la muchacha, lo que le pareció extraño.

En otra ocasión, uno de los criados de la casa también vio por casualidad la figura de la joven y pensando que podría tratarse de un fantasma, se lo contó al dueño. En seguida, el dueño de la casa mandó llamar a la anciana, a quien presionó presentando uno tras otro los testimonios. Como no tuvo más remedio, la joven le contó la historia de la capa mágica que le había dado la bruja. Al despojarse de la capa, recobró su figura original; habló detalladamente de su casa y su lugar de procedencia, y pidió que de alguna manera llevaran la capa a su casa, la que pronto encontraron gracias a la influencia del hombre rico.

Dicen que la familia, que ya la daba por muerta, la había puesto en el altar familiar budista. Al verla con vida, se alegraron mucho e hicieron una gran fiesta. Poco tiempo después, la joven se convirtió en la nuera del hombre rico y la familia unida alcanzó una gran prosperidad, y todos vivieron felices.

Prefectura de Yamanashi, Ishii Kendo,
Cuentos infantiles de Japón.

Oro sobre el anciano

Ésta es la historia de alguien que sin saberlo se hizo riquísimo cuando, en un momento en que estaba descuidado, le empezó a llover oro y plata.

Hace mucho tiempo en una aldea había un viejo bueno y otro malo. En cierta ocasión, el viejo bueno fue a la montaña, y mientras estaba trabajando, proveniente de algún lugar oyó una voz que decía: “¿Lo quitaré o lo pegaré?” La voz se oyó muchas veces. El viejo, por decir algo, contestó: “Si lo tomas, tómallo; si lo pegas, pégalo”. De repente, del pinar surgió con fuerza una enorme cantidad de oro y plata que cayó sobre sus hombros y espaldas, tanto, que apenas podía soportarla.

Volvió llevando el tesoro a cuestas y lo extendió dentro de la casa. En el preciso momento en que él y su anciana esposa estaban admirándolo, llegó su vecino, el viejo malo, quien al verlo sintió una gran envidia. “Yo también haré lo mismo y traeré otro tesoro”, pensó, y al día siguiente se dirigió a la montaña a la que había ido su vecino, y tal como lo había previsto, a diestra y siniestra de la montaña se empezó a oír la voz que decía “¿Lo pegaré o lo quitaré?” De inmediato y con gran alegría contestó: “Si lo vas a pegar, pégalo; si lo vas a tomar, tómallo”, y volvió la espalda hacia esa dirección, pero esta vez, desde arriba de los pinos empezó a caer resina, que se fue pegando sobre los hombros y espaldas del viejo malo hasta convertirse en un gran bulto.

“Ya estoy aquí, ya estoy aquí”, gritó a su vieja esposa al llegar a la casa. “¡Rápido! Trae una lámpara y déjame que lo vea”. La vieja le trajo aprisa un poco de fuego, el cual inflamó la resina de pino y el viejo malo sufrió graves quemaduras.

Arita-gun, Prefectura de Wakayama,
Cuentos infantiles de Arita.

Takenoko-Dodyi

Se dice que hace mucho tiempo existía un aprendiz de cubero llamado Sankichi. En una ocasión fue a una montaña que se encontraba detrás de la casa a cortar bambú, que allí abundaba, para usarlo como canalón. En eso, sin saber de dónde provenía, escuchó una voz que lo llamaba: "Sankichi". "¿Quién será?", se preguntó, y la voz contestó: "¡Sankichi, aquí, aquí es!" Sankichi otra vez se preguntó: "¿Dónde estará?" Y al oír: "Es aquí, dentro del bambú", Sankichi se acercó al bambú y buscó, pero no vio a nadie. Mientras pensaba lleno de extrañeza, se oyó nuevamente la voz: "¡Sankichi, sácame del bambú!" El muchacho cortó el bambú con una sierra, lo derribó y de su interior salió un niño pequeñito, lo que sorprendió enormemente a Sankichi, tanto, que no podía mantenerse en pie. Lo miró con detenimiento, y vio que era un ser humano de apenas unos quince centímetros, quien le dijo: "Gracias, Sankichi". En comparación con su cuerpo, tenía una voz fuerte.

Sankichi puso en la palma de su mano a ese pequeño hombrecito y empezó a hablarle. En primer lugar, le preguntó la razón por la cual estaba dentro del bambú y éste le dijo: "Fui atrapado y encerrado por un malvado brote de bambú, por lo que no he podido volver al cielo; pero justamente en este momento llegaste tú y me ayudaste ¡Qué alegría!". Sankichi le preguntó: "¿Cómo es que sabes mi nombre?" Y el hombrecito respondió: "Yo conozco todas las cosas del mundo. Me llamo Takenoko-Dodyi y tengo 1 234 años". Al preguntarle si pronto

regresaría al cielo, éste contestó: “Sí, me iré luego, pero antes tengo que agradecerte y pagarte el favor que me hiciste, porque si no a mi regreso seré reprendido por la Princesa”. Cuando Sankichi le preguntó: “¿Qué harás para pagarme el favor?” Takenoko-Dodyi dijo: “Te daré siete cosas que te gusten”. “¿De veras, no me engañas? ”, insistió Sankichi. El hombrecito afirmó: “Quienes vivimos en el cielo no decimos mentiras”. Y le enseñó unas extrañas palabras de conjuro. Sankichi, que desde hacía mucho quería convertirse en samurai, recitó tres veces la frase tal como se la enseñó: “Bambú, bambú, que me haga samurai”. E inmediatamente, se convirtió en un samurai de verdad.

Se dice que allí Sankichi le dio las gracias a Takenoko-Dodyi y partió a cumplir sus deberes de guerrero.

Kuma-gun, Prefectura de Kumamoto,
Estudios de cuentos antiguos.

Yamura no Yasuke

Hace mucho tiempo vivía en Shinshu, actual Prefectura de Nagano, un joven campesino llamado Yamura no Yasuke, quien respetaba y quería mucho a sus padres. Era honrado y trabajador, pero su familia era pobre. Cierta noche de fin de año, con sólo un poco de dinero, salió al mercado a hacer las compras para los preparativos de Año Nuevo. En el camino, vio que un faisán cobrizo aleteaba, preso en una trampa al borde de la vereda. Pensó: "Voy a soltarlo". Aflojó el lazo y lo dejó huir. Pero consideró que esto no sería justo para el dueño de la trampa, por lo que en el lugar donde estaba el faisán puso las monedas que traía en la mano.

Como ya no tenía con qué ir de compras, volvió a su casa con las manos vacías. La madre también era de buen corazón y aprobó lo que el hijo había hecho. Madre e hijo pasaron un Año Nuevo triste, sin prácticamente nada. En eso, llegó a visitarlos una joven desconocida que les dijo: "Soy viajera y estoy en apuros por causa de la nieve. Por favor, haré el trabajo que me manden, pero permitan que me quede hasta la primavera".

Sustituía a la madre en diversas labores de la casa. Era una joven muy tranquila y muy bella, por eso la madre de Yasuke le propuso que se casara con su hijo y así se podría quedar en la casa, ya que no tenía padres ni parientes. Ella aceptó con gusto y se convirtió en su esposa. Así, durante algunos años vivieron felices hasta que un día, por orden de la corte imperial, el

General Tamura tenía que salir a exterminar a un ogro malvado que había aparecido en el Monte Ariake.

Yamura no Yasuke era muy buen arquero y tuvo que acompañar al General Tamura a dar caza al ogro. En ese momento, la esposa llamó a Yasuke en privado y le dijo lo siguiente: “El ogro del Monte Ariake se llama Guishiki y no es posible matarlo con un simple arco y unas flechas. Coloca en una flecha una pluma de cola de faisán que tenga trece nudos. Con una sola de estas flechas podrás acabar con él. Por tratarse del acontecimiento más importante en la vida de un hombre yo te daré esas plumas. Mira; soy el faisán que estaba preso en aquella trampa, a quien tú salvaste la vida hace mucho tiempo una noche de fin de año”.

Minami Adzumi-gun, Prefectura de Nagano,
Archivo de Minami Adzumi.

Dos chichones

Érase que se era un bonzo con un chichón muy grande sobre un ojo que viajaba por las provincias practicando las enseñanzas budistas. Llegó a un pueblo de la montaña, y como no encontró dónde le ofrecieran hospedaje, sin más remedio se metió en un templo viejo y pequeño a pasar la noche.

Hacia la medianoche, se oyeron pisadas de mucha gente que entraba al templo. Al observar con atención vio que eran unos genios, de esos que tienen la cara roja y la nariz larga, que se reunían para beber *sake* alegremente. El bonzo pensó que no podía estar escondido toda la noche, por lo que, a pesar de sentir mucho miedo, esperó el momento adecuado y entonces salió con una estera redonda de paja que le cubría el trasero y bailó. Al amanecer, los genios que se marchaban le dijeron: “Eres un bonzo tan simpático que queremos que vengas también en la próxima ocasión. Nos lo vas a prometer, pero para que cumplas, tomaremos esto en prenda”. Le arrancaron el chichón que tenía sobre los ojos y se lo llevaron. El bonzo regresó a su pueblo natal lleno de regocijo, pues le habían quitado el chichón que tanto le molestaba.

Cerca vivía otro bonzo que tenía también un chichón en el mismo lugar que él, y le causaba mucho malestar. Al escuchar esto, este bonzo sintió gran envidia del otro. Después de escuchar todos los detalles de la historia, expresamente se dirigió a dicho templo, para que le quitaran el chichón. En efecto, al

anochecer, los genios se reunieron para hacer una fiesta con *sake*. El bonzo salió bailando apresuradamente con una estera redonda atada a la cintura. Los genios se alegraron mucho diciendo: “Oye bonzo, muchas gracias por haber venido nuevamente sin olvidarte del compromiso. Te devolvemos el chichón que habíamos tomado en prenda”. Al sentir que le clavaban algo en la cara vio que ahora tenía dos chichones encima de los ojos.

Se cuenta que este bonzo siempre decía, arrepentido, que más le hubiera valido no tratar de imitar innecesariamente lo que hacen los demás.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de enero de 1985 en Grupo Edición, S.A. de C.V., Moras 543-bis, Col. del Valle, 03100 México, D.F. Se tiraron 1 000 ejemplares más sobrantes para reposición. Diseñó la portada Mónica Diez-Martínez. Cuidó la edición el Departamento de Publicaciones de El Colegio de México.

